

MERCADOS LITERATURAS



MERCADOS LITERATURAS



Todos los cuentos que se incluyen en este libro han sido publicados previamente, a lo largo de 1992, entre los números 1 y 7 de la revista DISTRIBUCION Y CONSUMO, que edita la E.N. MERCASA.

La E.N. MERCASA agradece la colaboración prestada por las personas e instituciones que han hecho posible la edición de este libro.

Editado por E.N. MERCASA
Diseño y Maquetación: Juan Antonio Vázquez
Fotomecánica: Rodacolor
Impresión: Jomagar. MOSTOLES (Madrid)
Depósito Legal: M. 34.318-1992
I.S.B.N.: 84-604-4375-2

INDICE

	11
MERCADO Y LITERATURA	
	14
MERCADOS MINORISTAS/ALTERNATIVAS DE FUTURO	
	28
LA COMPRADORA	
	42
CRONICA DE UNA VISITA AL MERCADO CON VEINTICINCO NOTAS Y UN MAR	
	56
EL CHARCUTERO, SU MUJER Y EL HOMBRE DEL MALETIN	
	74
ANIDANDO	
	90
MAÑANA DE MERCADO	
	110
LA COMPRA DEL PINTOR	
	126
MEMORIA DE LOS SENTIDOS	

MERCADO Y LITERATURA

El mercado, singularmente el tradicional mercado “de abastos” municipal, constituye una institución cuyo origen se encuentra en los albores de la humanidad, cuando ésta aparece como capaz de crear cultura. Es, por consiguiente, un producto de la razón y su progresivo desarrollo, a partir de la revolución neolítica, corre paralelo a los avances que tienen lugar en la sociedad humana.

Sorprende que una realidad tan antigua y extendida haya merecido tan escasa atención de la literatura. Instituciones como tribunales, hospitales, cárceles, hoteles o aeropuertos, son marco frecuente de la creación literaria, mientras que novelas o relatos que tengan lugar en el mercado o en su entorno, apenas existen. Sólo en la tradición narrativa árabe se encuentran abundantes fabulaciones sobre el mercado, o desarrolladas en su ámbito.

Resulta difícil encontrar una respuesta unívoca a esta persistente falta de atención. Quizás se deba a lo efímero de los actos comerciales —compro, pago y me voy— que parece dificultar la fijación del drama humano; o bien al prosaísmo de las relaciones mercantiles, escasamente aptas, en apariencia, para la sublimación cultural. Cabe pensar también en una explicación más sencilla: los escritores, que viajan con cierta regularidad, padecen enfermedades y en ocasiones acaban en la cárcel, tras pasar por el juzgado, apenas acuden al mercado para adquirir los productos que consumen y esa falta de presencia regular les hace desconocer sus potencialidades narrativas.

Al dar cobijo en sus páginas literarias a narraciones “de mercado”, como las que aquí se recogen, “Distribución y Consumo” no aspira a crear un nuevo subgénero literario, aunque puede contribuir, dentro de sus discretas aspiraciones, a que se preste más atención culta a esta notable creación de la especie.

Es posible que, como subproducto inevitable, los habitantes de la república literaria visiten con mayor asiduidad nuestros mercados. No se arrepentirán de la experiencia.

JULIAN AREVALO ARIAS
Presidente de MERCASA





MERCADOS MINORISTAS ALTERNATIVAS DE FUTURO

ALFONSO REBOLLO

Los mercados de barrio, o de abastos, han sido en España, durante muchos años, uno de los elementos centrales del sistema de distribución comercial alimentaria y fueron protagonistas de avances importantes en la evolución de las formas comerciales minoristas.

Sin embargo, la profunda transformación del sistema de distribución comercial, con la aparición y desarrollo de nuevas formas comerciales, ha arrebatado al comercio tradicional aquel papel principal y le ha situado ante la necesidad de transformar radicalmente sus establecimientos y su gestión, bajo el riesgo de desaparecer o convertirse en establecimientos marginales.

Para evitar esa amenaza, hay que explorar ahora, que todavía se está a tiempo, cuáles son las posibilidades de evolución y modernización de los mercados minoristas, con el objetivo de recuperar para estos establecimientos el papel protagonista que tenían tradicionalmente en el sistema de distribución minorista.

Con este propósito, hay que examinar, en primer lugar, unos brevísimos apuntes de la historia reciente de los mercados minoristas, que ayudarán a comprender cuáles fueron los factores del éxito que obtuvo durante años esta forma comercial y cuáles las causas de su posterior declive; de esa rápida revisión obtendremos ya algunas respuestas.

En segundo lugar, el análisis debe plantear si existen razones y argumentos que avalen una alternativa de transformación y modernización de los actuales mercados minoristas. Y así, poder llegar, por último, a dibujar los grandes trazos de una posible estrategia para la renovación y readecuación de los mercados minoristas.

Definido el camino, hay que aclarar que el concepto de “mercado minorista” —objeto de análisis en este trabajo— comprende a equipamientos comerciales que han venido siendo denominados de forma diferente durante las últimas décadas: “Mercados de Abastos”, “Mercados de Barrio”, “Mercados Municipales”, “Galerías de Alimentación”...

A fin de cuentas, nombres distintos para un mismo tipo de equipamiento comercial: aquel que agrupa establecimientos colectivos, formados por la agrupación de múltiples establecimientos independientes, localizados en un sólo local, que puede o no estar exento de otros usos, y cualquiera que sea su titularidad, municipal o privada. En definitiva, la denominación “mercado minorista” comprende a los tradicionales “Mercados” y “Galerías”.

Una fórmula tradicional que puede volver a ser, y seguramente sería muy deseable, una de las principales formas comerciales de distribución de productos de compra regular, valorando hasta qué punto una “red” de Mercados Minoristas, de “Centros Comerciales de





Compra Cotidiana”, podría suponer una mayor competencia en los mercados minoristas de este tipo de productos (alimentación perecedera y no perecedera, droguería y perfumería, pequeño menaje...); una mejora notable de la oferta a disposición de los consumidores; y la posibilidad para buena parte de los actuales pequeños minoristas de acceder a formas asociativas y/o societarias que mejorarían acusadamente su productividad.

LOS MERCADOS MINORISTAS EN EL CONJUNTO DEL SISTEMA DE DISTRIBUCION COMERCIAL

La forma comercial del mercado minorista, tal como la conocemos actualmente, tiene su origen en la fase de evolución del sistema de distribución comercial,

conocida como de “consolidación del tradicionalismo monovalente” (Briz y Casares, 1985), que se produce en España a lo largo de la década de los años cincuenta. Estos autores han caracterizado muy acertadamente la pequeña historia del Comercio Interior en esos años: “durante la década de los años cincuenta (...) continúa acelerándose el proceso de emigración rural y la concentración de centros urbanos estimula las relaciones mayoristas-minoristas, permitiendo una mayor fluidez en el proceso comercial, así como una serie de servicios complementarios tales como asesoramiento técnico, apoyo financiero, etc. (...). El racionamiento termina en 1952, y hay una mayor apertura al mercado, disminuyendo el autoconsumo, basado en productos intensivos, en trabajo de baja productividad y métodos distributivos poco económicos. A nivel minorista urba-



no se mantiene el sistema tradicional de tiendas monovalentes para distribuir productos perecederos (leche, carne, pescado, etc...), desarrollándose mercados de barrio" (Briz y Casares, 1985).

En esta reflexión aparecen claramente expuestos los elementos básicos sobre los que se fundamenta el funcionamiento de los mercados minoristas en aquellos años, en un contexto comercial dominado por las tiendas monovalentes. Es en este contexto donde la forma comercial de los mercados minoristas supone una auténtica innovación, un "nuevo giro de la rueda" en la distribución comercial, ya que supone un avance en el nivel y calidad de los servicios comerciales ofrecidos a los consumidores, y una forma más eficaz de producir tales servicios. Se trata de los beneficios derivados de reunir la oferta en un sólo establecimiento:

a) Para los consumidores, los mercados minoristas supusieron un incremento notable de la oferta y la posibilidad de mejorar su compra mediante la comparación de más calidades y precios, ahorro de tiempo, etc...

b) A los minoristas, la reunión de la oferta en "un sólo establecimiento" les permitió incrementar sus ventas, aprovechando la mayor atracción comercial generada por el conjunto de establecimientos del mercado, y la especialización de su oferta, lo que redundó, consecuentemente, en una mejora de su productividad y en un aumento de la fidelidad de su clientela.

c) Aunque es difícil establecerlo concluyentemente y mucho más cuantificarlo, es razonable afirmar que la aparición y expansión de los mercados minoristas, a lo largo de aquellos años cincuenta y sesenta, fue un factor significativo de animación del gasto de los consumidores y uno de los elementos principales de la articulación de los mercados de productos alimentarios, tras el desmantelamiento del control directo de los mercados de las décadas anteriores.

De esta forma, los mercados minoristas transcen-

dieron su primera función de abasto, y se convirtieron en "centros comerciales de compra cotidiana" muy adecuados al momento evolutivo de los consumidores, logrando una mejora cualitativa y cuantitativa de la oferta de servicios comerciales, obteniendo así una ventaja respecto del comercio monovalente aislado que fue la clave de su éxito durante años.

LA VIABILIDAD DE LA TRANSFORMACION DE LOS MERCADOS MINORISTAS

Las transformaciones habidas en la actividad de distribución comercial a lo largo de las últimas décadas han producido modificaciones profundas en la cantidad y calidad de los servicios comerciales, y en la propia producción de estos (1), como consecuencia, y tal vez como causa, de la transformación que ha sufrido la demanda. De entre estas transformaciones, destacamos aquí dos que han tenido especial repercusión sobre la demanda de los mercados minoristas. Una es el desarrollo de la "tecnología de compra" de los consumidores, que provoca la aparición de nuevos comportamientos de compra, algunos de los cuáles (la compra de "carro lleno", por ejemplo) minoran el atractivo de los mercados; la otra es la amplia segmentación de la demanda, que exige a los comerciantes readaptar su oferta: modificaciones de los establecimientos, redefinición del surtido, adopción de nuevos servicios, etc...

De hecho, a lo largo de esos años fueron apareciendo nuevas formas comerciales, que daban respuesta a los nuevos hábitos de comportamiento de los consumidores, junto a nuevas formas asociativas y nuevas empresas. Sin embargo, los mercados minoristas, como buena par-

(1) Son bien conocidas ya estas transformaciones, baste citar algunas de las relacionadas más directamente con los mercados minoristas. Así, la aparición de los modernos centros comerciales, el "dinero de plástico", el incremento del tamaño de los establecimientos, la concentración empresarial y la aparición de grandes grupos empresariales.

te del resto del comercio tradicional, se han mantenido muy al margen de este proceso de transformación de la actividad comercial, introduciendo pocas y no muy significativas innovaciones, tanto de los servicios ofrecidos como de las formas comerciales y empresariales.

Frecuentemente, los mercados minoristas han remozado sus instalaciones para paliar la degradación del paso del tiempo, pero lo han hecho sin modificar los esquemas del comercio tradicional, sin adecuarse, ni siquiera mínimamente, a las nuevas condiciones del mercado.

No es extraño, por tanto, que los mercados minoristas hayan perdido buena parte de su importancia como forma comercial fundamental del sistema de distribución comercial de compra regular. Es decir, han perdido su ventaja competitiva respecto a otras formas co-

merciales. Sin embargo, simultáneamente a esa pérdida de posición de los mercados minoristas, los comerciantes instalados en ellos han obtenido unos beneficios suficientes como para mantener los establecimientos, en muchos casos con rentabilidades elevadas.

La explicación de esta aparente paradoja, entre la evolución seguida por el mercado y la de los comerciantes instalados en ellos, hay que buscarla considerando la evolución de la demanda y su repercusión sobre el grado de competencia dentro del conjunto del sistema de distribución minorista. Mientras el consumo ha crecido rápidamente (como lo ha hecho a lo largo de las últimas décadas), ha sido posible que la mayor parte de los establecimientos, incluso algunos claramente ineficaces, hayan podido mantener un volumen de negocio suficiente, aunque, y esto es lo relevante, hayan perdido buena parte de su cuota de mercado.

El incremento del gasto de los consumidores permite compensar la pérdida de cuota de mercado y mantener, e incluso incrementar, la retribución. En esta situación, no es extraño el escaso incentivo que encuentran los comerciantes para acometer nuevas inversiones que son ya más difícilmente rentables, si no se abordan modificaciones del tamaño empresarial, o de carácter organizativo o asociativo, etc...

Lógicamente, esta situación no puede mantenerse indefinidamente, y el "equilibrio" tiende a romperse por la acción conjugada de diversos factores:

a) Por parte de los consumidores se demandan nuevos servicios comerciales acordes con los nuevos modos de vida, lo que lleva a que aquellos prefieran las formas de comercio evolucionadas a medida que crece su nivel de ingresos. De esta manera, la misma tendencia que permite temporalmente el mantenimiento de establecimientos ineficientes, va socavando sus bases y condenándolos a la situación de marginales o, sim-



5



plemente, expulsándolos del mercado.

b) La introducción de nuevas formas comerciales que han tomado el relevo a los mercados minoristas, primero, en cuanto a oferta de servicios adecuados a los nuevos hábitos de compra y de consumo y, segundo, porque son formas comerciales que ofrecen una mayor productividad en la producción de los servicios.

La falta de respuesta a los procesos de transformación, por parte de los mercados minoristas, entendidos como una forma comercial, es debida también a factores organizativos internos, sin los cuales no se termina de comprender esa incapacidad de respuesta. Como factores endógenos a los propios mercados minoristas, nos hemos referido a la evolución del negocio de los minoristas de los mercados, que no ha incentivado la transformación de los establecimientos.

6

Sobre el comportamiento de los comerciantes aún se pueden realizar numerosas matizaciones, similares a las que se pueden realizar respecto del conjunto del comercio tradicional. Mejor que comentar una vez más estas cuestiones de orden general, nos detendremos en el examen de dos aspectos referidos especialmente a los mercados de titularidad municipal, que son el principal número de los existentes.

La dificultad para realizar la modernización de los mercados minoristas que han mostrado los titulares de los mercados, municipales o particulares, como los comerciantes adjudicatarios de los puestos, tiene mucho que ver con los criterios de gestión seguidos por los propietarios de los mercados minoristas.

Particularizando los mercados de titularidad municipal, puede afirmarse que la mayor parte de los Ayuntamientos continúan considerando aún que la función principal de los mercados minoristas consiste en “asegurar el abasto de bienes de alimentación”. Desde el momento en que hace ya muchos años que dejó de ser un problema la existencia de un número de establecimientos suficiente para asegurar la oferta de estos bienes, los Ayuntamientos no encuentran mayor motivo para invertir en los mercados, más que para remodelaciones que van poco más allá de lo higiénico. Y eso, en el mejor de los casos, cuando los mercados no son vistos, casi exclusivamente, como una fuente de problemas.

De esta forma, la gestión se convierte en pura administración de las concesiones de los puestos, cuyos precios están muy por debajo de los del mercado de locales comerciales.

La cuestión del precio de las concesiones de los puestos es otro de los factores que explica la situación que se vive en los mercados: junto a establecimientos competitivos, se mantienen “puestos” literalmente ruinosos. Pero todos estarán interesados en que el Ayuntamiento titular no aplique criterios de mercado, ni si-



7

quiera aproximados, para la actualización del precio de las concesiones.

De otra parte, el Ayuntamiento considerará inconveniente cualquier actuación de mejora y modernización de los mercados, puesto que sólo se le presentarán problemas, y así es posible ver espléndidos locales situados en magníficos lugares dentro de las ciudades, conteniendo malos mercados minoristas.

ESTRATEGIA Y CONDICIONANTES PARA LA TRANSFORMACION DE LOS MERCADOS MINORISTAS

Una vez examinados los aspectos que pueden carac-

terizar en lo fundamental la situación de los mercados minoristas (aunque lo hayamos hecho sólo de manera superficial, necesariamente), podemos plantearnos cuáles serían los argumentos y criterios de actuación de un plan de reforma de los mercados minoristas.

Los argumentos a favor de la posibilidad de evolución de los mercados minoristas son todavía hoy abundantes. Veamos algunos de ellos (2).

* Los mercados minoristas aún poseen una cuota de mercado apreciable y gozan de una clientela cuyos hábitos de compra están arraigados en esta forma comer-

(2) Lógicamente, nos referiremos al conjunto de los mercados minoristas. Esta apreciación media difícilmente se corresponderá con la de ningún mercado en concreto, pero sí puede servir como un primer modo de aproximación a la situación particular de los mercados.

cial. En general, gozan de una buena reputación en cuanto a relación calidad/precio.

* La situación de los mercados, la mayor parte en el centro de las ciudades, unido a su tamaño y, en muchos casos, al hecho de ser edificios exentos de otros usos, brinda la oportunidad de convertirlos en auténticos centros comerciales de proximidad, dedicados a bienes de compra cotidiana.

* La tendencia observada en los hábitos de compra de los consumidores, favorable al uso de los centros comerciales y a la compra en un sólo lugar en el que sea posible realizar una comparación de precios y calidades relativamente amplia, según comentamos ya anteriormente.

* La existencia en España de suficiente tecnología para la implantación y desarrollo de centros comerciales.

Estos argumentos a favor de la viabilidad de la transformación de los mercados minoristas llevan implícitas las dificultades con que se enfrentaría tal transformación, es decir, algunos de los puntos débiles que presenta esta forma comercial. Dicho sea en forma breve, los principales problemas que se pueden prever son los siguientes:

* La situación céntrica de muchos de los mercados minoristas hace muy difícil a veces tener vías de acceso suficientes o zonas de aparcamiento. Otro tanto puede decirse del tamaño y diseño de los mercados minoristas, que no siempre son adecuados a las dimensiones y condiciones de funcionamiento exigidas por la demanda. Es posible que, en algunas ocasiones, las características arquitectónicas o urbanísticas dificulten o incluso imposibiliten la realización de obras de acondicionamiento de los mercados.

* La tendencia observada en los consumidores hacia la compra en un sólo establecimiento no puede entenderse como un aval de éxito para cualquier transformación de los actuales mercados minoristas, ni para

todos los casos. Ya sea, por ejemplo, porque parte de esa demanda puede haber sido previamente expulsada de los mercados minoristas al no haber sabido responder éstos a la evolución en los comportamientos de los compradores; o bien porque se trata de nueva demanda, generada por y para los Centros Comerciales, no para los mercados minoristas.

* La existencia de tecnología suficiente no quiere decir que sea fácilmente asequible. Los problemas en este caso son los típicos de la transferencia de tecnología. De una parte, es necesario que los destinatarios de la tecnología, los gestores de mercados minoristas y los comerciantes instalados en ellos, sean capaces de asumirla, primero, y de utilizarla, después. De otra parte, tal tecnología es cara y, además, no se trata de hacer una transposición mecánica de la forma comercial de los Centros Comerciales, sino de adaptar los principios en que se fundamenta esa forma comercial a unos nuevos mercados minoristas.

El análisis de los aspectos positivos y negativos de la posición de los mercados minoristas en la actualidad del sistema de distribución comercial en España, permite afirmar la viabilidad de esta forma comercial, siempre y cuando se modernicen los establecimientos, adecuándolos a las exigencias de la demanda actual, y se transforme su gestión adoptando criterios más empresariales, y no meramente administrativos como hasta ahora. En caso de no llevar a cabo algún tipo de actuación que devuelva capacidad competitiva a los mercados minoristas, muchos de los actuales terminarán convirtiéndose en establecimientos marginales, abocados a su desaparición.

Ciertamente, no todos los mercados minoristas se encuentran en una situación similar ni todos tienen las mismas posibilidades de evolución, por lo que una diagnosis de los establecimientos requeriría particularizar mucho más de lo que es posible aquí. Pero



sí es posible especificar y comentar algunos de los aspectos y criterios estratégicos más importantes y de aplicación general (3).

Como ya queda sugerido en párrafos anteriores, la estrategia a seguir en la modernización y readecuación de los mercados minoristas, consistiría en hacer de ellos auténticos "centros comerciales de compra cotidiana" (4). Los criterios fundamentales de este planteamiento se refieren a la dimensión económica de los mercados minoristas y a la necesidad de gestionar los mercados minoristas con criterios empresariales.

Para terminar, comentaremos ambos criterios, deteniéndonos con algo más de detalle en el modo de gestión de los mercados minoristas, pues considero que es básico abandonar los actuales criterios administrativos con los que habitualmente gestionan los Ayuntamientos sus mercados minoristas.

En primer lugar, se trata de lograr una dimensión económica que permita alcanzar los estándares de productividad habituales en el moderno comercio de pro-

ductos similares. Y ello, tanto para el mercado minorista en su conjunto, como para los establecimientos, los puestos instalados en él. El incremento de la dimensión económica de los establecimientos es una cuestión relacionada directamente con el incremento del tamaño de los puestos y, como se ha puesto de manifiesto tantas veces, resulta una cuestión crucial en la modernización de los mercados minoristas.

La dimensión económica del mercado minorista también es función de la mezcla comercial, de la política comercial; es decir, de todos los aspectos que generen atracción comercial a favor del conjunto de establecimientos o, dicho en otra forma, la dimensión económica de un establecimiento comercial se concreta en su capacidad de atraer clientes, de captar nueva clientela. No importa que, como en nuestro caso, sea un establecimiento colectivo; todo lo contrario, que se trate de un establecimiento con múltiple oferta debe ser un atractivo más del establecimiento.

Aceptar este planteamiento supone aceptar que la modernización de los mercados minoristas debe hacerse con la preocupación fundamental de que el mercado debe competir con el resto de establecimientos y formas comerciales, sobre la base de las ventajas que pueda ofrecer a los consumidores, y sin más intervención de las Administraciones Públicas que la normal para cualquier otro establecimiento.

Aunque, lógicamente, esta imposición de competir sin muletas administrativas debe acompañarse de los instrumentos que lo hagan posible; es decir, debe procurarse a los mercados minoristas una gestión que permita tomar decisiones fundamentadas sobre criterios de competitividad, tanto en el funcionamiento cotidiano como en la adopción de decisiones a medio y largo plazo. El objetivo debe ser convertir en auténticas empresas a las unidades gestoras de los mercados minoristas.

No se trata de considerar aquí con detalle los aspec-

(3) Los aspectos que no es posible considerar en este trabajo son aquellos de carácter más técnico, tales como tamaño de los establecimientos, mezcla comercial, servicios complementarios, política de promoción más adecuada, etc... En todo caso, este análisis debe referirse a cada establecimiento en particular.

(4) Lo sencillo de esta formulación no debe ser motivo para los dos tipos de equívocos, bastante frecuentes en las actuaciones que se han llevado a cabo en muchos mercados minoristas. En primer lugar, no se trata de copiar mecánicamente ciertos aspectos de los Centros Comerciales, trasplantándolos a los mercados minoristas; aunque la tecnología de los Centros Comerciales sea aplicable en buena medida en la modernización de los mercados minoristas, la definición de ambos tipos de Centros es diferente y diferentes son las soluciones que necesitan.

El segundo equívoco consiste en entender como transformación de un mercado minorista la realización de ciertas obras que, por muy necesarias y convenientes que sean, no cambian el carácter ni la forma de gestión del mercado en cuestión.

Un caso típico y frecuente de este modo de entender la remodelación de un mercado minorista es el de tantos de ellos que se han reacondicionado mediante el enterramiento de las salidas de agua de los puestos, la mejora de los pavimentos, etc..., para concluir con la instalación de un rótulo en el que reza ostentosamente la leyenda "Centro Comercial de...", la adopción por los comerciantes (no siempre de todos) de una chaquetilla o delantal iguales y la utilización de bolsas con el nuevo nombre del "Centro".

Por supuesto, en la mayor parte de estos casos, los establecimientos del mercado continúan siendo exactamente los mismos, como invariables son los servicios que ofrecen y los que no ofrecen, el modo de conocimiento de la demanda, la "política de promoción", etc...



tos de capital social, representación, gerencia, etc..., de esas "unidades empresariales" gestoras de los mercados minoristas –municipales–. Pero sí deseo plantear dos de las principales características de estas empresas.

Como idea central, la explotación de los mercados minoristas debería estar en manos de una sociedad (con la forma legal que más convenga), en la que participaran directa y plenamente los arrendatarios de puestos de los mercados minoristas.

Estas unidades empresariales gestoras de mercados minoristas, dispondrían de la concesión de los mercados minoristas por un plazo suficientemente largo, co-

mo capital social. Por tal concesión, hecha a la sociedad y no a cada uno de los comerciantes instalados en los mercados minoristas, devengaría un canon al Ayuntamiento propietario, pero este debería ceder a cambio la capacidad de otorgar licencias para la instalación o modificación de los puestos.

El objetivo, como puede apreciarse, es doble: de una parte, dar a la gestión de los mercados minoristas un carácter más empresarial, que les restituya la capacidad de respuesta a las condiciones variables del entorno y, de otra parte, forzar la adopción de criterios de rentabilidad de mercado en la gestión de los puestos.



10





11

LA COMPRADORA

CARLOS H. OLMOS

Logroño. Festividad de los Fieles Difuntos. 1991.

El Sol, el sol como un membrillo dorado y suave, como un sueño de dulce tila y la espera. Esperar así quieta como un lagarto; esperar que los minutos, los días se deslicen hacia la nada lentos y silenciosos mientras que sus horas distintas pintan la calle con el tímido azul de la mañana, las campanas de la Redonda sonando a lo lejos, o colorean de amarillo violento el mediodía o tiñen de azul oscuro el ocaso, la casi noche...

El tiempo ahora es sólo un buen amigo que decora mi paisaje desde el mirador...

Tengo, no sé, cerca de setenta años, eran los veinte cuando nací, y siempre he conocido las mismas cosas, las de La Rioja, las de Logroño. Fui niña y moza y mujer sin más mundo que éste y sin echar, tampoco, nada de menos. Aquí también jugué, me enamoré y fui mujer casada y, más tarde, madre y viuda... Poco me parece ahora cuando hago recuento y, sobre todo, no puedo creerme que haya pasado tan rápidamente... ¡Qué cortas eran aquellas horas de mis veinte años y qué llenas de sorpresas!... Pero luego vinieron las horas de los treinta, cuarenta y cincuenta años cada vez más apagadas y tristes, llenas de las preocupaciones de los hijos, repletas de trabajos y apuros, de deudas que pagar, de muertes que llorar...

Pero ahora ya estoy bien, todo está ya bien. No espero grandes alegrías pero las grandes penas me pasan, igualmente, de largo.

Desde esta galería me he convertido en una espectadora de la vida. Veo como la ciudad cambia imperceptiblemente día a día. Desaparecen edificios que me vieron crecer y surgen otros que nada significan para mí, que nunca me servirán de referencia. Hasta mi silla llegan historias de nacimientos y de muerte. Voy tachando rostros que fueron, algún día, queridos y odiados y, poco a poco, construyo un confuso censo de niños y muchachos preparados para sustituirnos. Se ve que, de momento, a la muerte no le corro prisa.

Tengo tiempo para pensar, para recordar, un lujo que antes nunca pude darme. Y, me imagino que como casi todos los viejos, me arrepiento de lo hecho. Ahora sé que, si pudiera, mi vida sería de otra forma. Como a tantos otros la vida me engañó. Jugué de acuerdo a las reglas que me enseñaron y perdí. Fui una niña secuestrada y demasiado buena, una adolescente hipócrita y reprimida que ni siquiera sabía que era así; me casé con un hombre conveniente al que no quería y repetí con mis hijos todos los errores que mis padres tuvieron conmigo. Al final, fui una viuda amarga

da incapaz de hacer nada que no aprobase la buena sociedad de Logroño. Me digo para disculparme que eran otros tiempos... no sé, era el mío, la única jugada que tenemos, la única oportunidad.

¿Qué he hecho con mis setenta años, qué me queda de tantas horas y minutos, de tantas primaveras y veranos?... Una insípida sucesión de cumpleaños y fiestas familiares; tres álbumes de fotos amarillas y un poquito de oro con el que, a lo largo de una vida, mi marido pagó mi sumisión y mi labor de madre... Allá perdidas en la memoria recuerdo besos y noches de amor, despedidas y fiestas de bienvenida, hombres y mujeres entrando y saliendo de mi vida, ataúdes y cunas, Navidades y trenes que no llegan y otros en los que voy sin recordar a dónde. Cierro los ojos y me veo dando el pecho a mis hijos y un momento después, tomo champagne en la boda de la más pequeña y lloro en el funeral del mayor y, como siempre, cierro los ojos para frenar el vértigo de tanto tiempo inútil, de tanto esfuerzo estéril, tanto error imposible ya de corregir y que me trajo a esta silla donde espero y miro la ciudad que tatuó mis años.

A veces se lo digo a mis hijos, les hablo de las horas pasadas a su lado, de las noches en vela, del regalo de entregarles mi vida a cambio de muy poco. Ellos me hacen callar, me dicen que chocheo y cuento siempre las mismas batallitas. Van y vienen con prisa y con prisa comen, me besan y se marchan. Piensan que soy una excelente ama de casa, una gran cocinera. Después de tantos años, de tanta mujer que había en mí aniquilada, sólo soy una excelente cocinera...

Tienen razón, tienen mucha razón. Maté a la adolescente enamorada; a la mujer rebelde que quería ser una buena compañera, de igual a igual, junto a su hombre, asesiné a muchas otras que me querían nacer para ser, al final, una gran cocinera, una perfecta compradora...

Miro mis manos con un poco de pena. Ellas me hicieron prisionera. Con ellas pagué una infinita sucesión de carnes y verduras, de pescados y frutas... Dinero por comida, todos los días, cada día del año y, después, una eternidad junto al fogón... Sopas y sofritos, purés y papillas para los niños, comidas complicadas para los días de fiesta, caldos apresurados para los días de duelo, menús de régimen para los enfermos de la casa, montañas de comida y de fritanga que ocuparon mi vida por encima de cualquier otra cosa, que me perfumaron con un olor a ajo y a cebolla imposible de quitar con duchas, perfumes o cremas limpiadoras y, también, el dinero, billetes o calderilla, contado con angustia avariciosa en los ma-



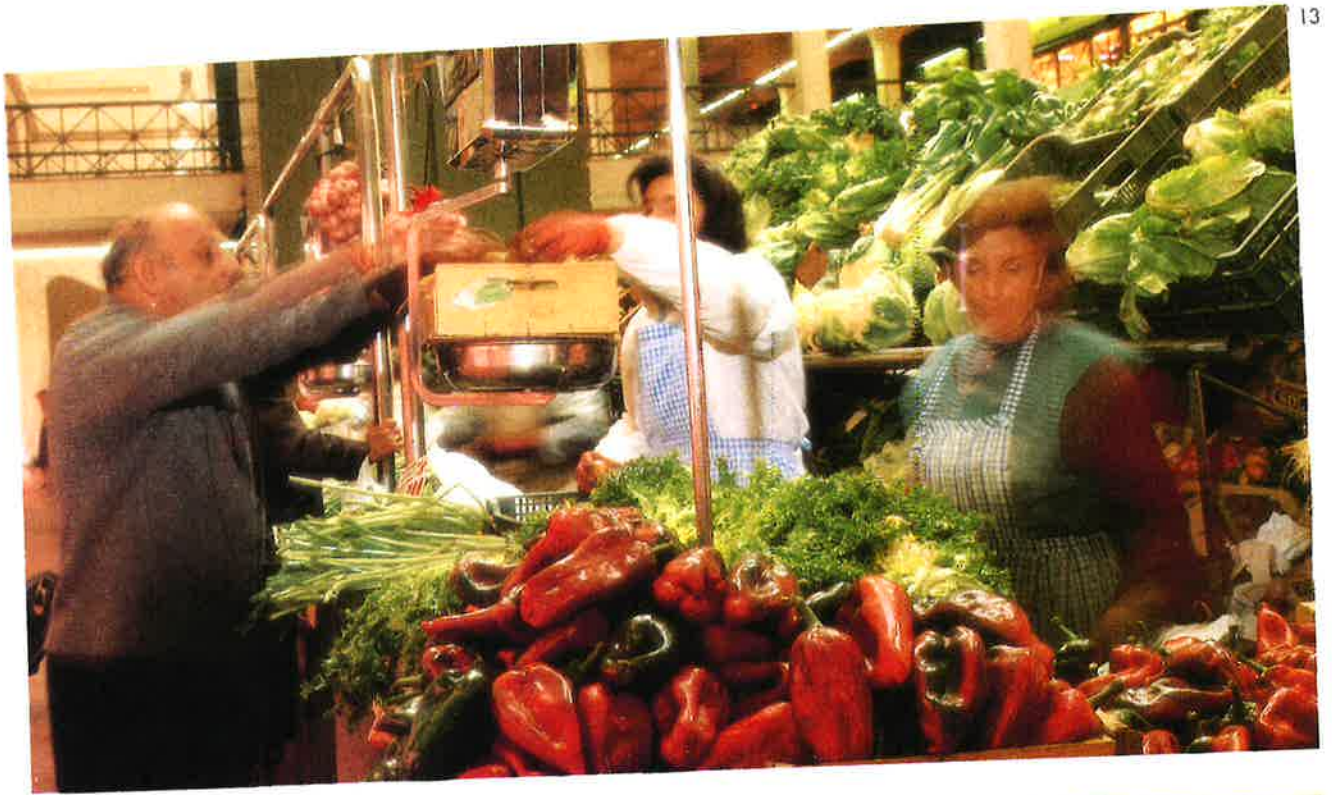
12

los tiempos, intentando hacerlo crecer para llegar a pagar una comida decente para todos, algo que llenase la tripa de mi gente o, en los buenos tiempos, sin miedo a gastarlo, capaz de pagar los lujos gastronómicos que me pedían: rosadas cigalas, salobres rodaballos, lubinas y merluzas pero, siempre, en mi bolsillo haciendo ese camino odioso de casa hasta el mercado, el templo maldecido del que me había convertido en una diaria sacerdotisa, en una vestal que no podía faltar a los ritos diarios...

Mi vida, sobre todo, ha sido eso: el rito cotidiano de recibir un rutinario beso en la cama; hacer los desayunos y mandar a los hijos al colegio y, por fin, quedarme sola en casa, en el silencio de las diez de la mañana, con las camas deshechas y el fregadero lleno de tazas sucias, ese momento en que las casas parecen madrigueras tibias con todas sus alimañas fuera. Hasta las doce son horas de trabajar con la mente en blanco, a veces te ves en el espejo del armario y no te reconoces y algunas amigas me contaron que, a esas horas atroces, se acostumbraron a beber. Cerca del mediodía, te arreglas y cuentas el dinero, piensas en qué harás de comida, sólo eso. A veces te duelen los ovarios, te encuentras mal, hace frío en la calle o llueve y tu quisieras quedarte en casa... No importa, te reclama el Mercado, tienes que ir a la Plaza. El Mercado es el templo que regula tus horas y te vistes y sales a la calle y caminas mientras, por dentro, recitas la salmodia de lo que has de comprar. Contigo en el camino se juntan otras muchas. Van como yo, con ropa de diario y una bolsa vacía, como un flácido estómago que reclama comida. Aprietan en su mano un bolsillo gastado. En él va el pasaporte para llegar al mostrador de la carnicería, del frutero, de la pescadería. Pedirán en voz alta el solomillo prepotente o, en un susurro, la asadurilla humilde para el gato que el carnicero servirá con ironía porque sabe de sobra quién comerá el sonrosado bofe.

Finalmente allí estás, en la Plaza de Abastos, el Mercado, como un templo al que amas y odias y al que entregas tu vida sin un gesto. Un lugar como un ser vivo gemebundo, lleno de ruido y ecos, repleto de olores animales. El Mercado, una estación inevitable donde el tren de mi vida llegaba todos los días a las doce y cuarto.

No puedo recordar el olor de mis hijos, no recuerdo el rostro del que fué mi marido, incluso me cuesta acordarme de cómo era yo de joven y, no obstante, tengo impregnado en mi memoria el olor del Mercado, una mezcla de matadero y huerta, un altar de holocaustos y un jardín de fruta envenenada. En el centro estaba la verdura recién traída cada mañana de



13



14

las huertas cercanas. Verdes agrios de la lechuga y la escarola, blancos de fósforo de la cebolla y de los puerros, las patatas como terrones ocre de la tierra, y los pimientos igual que ofrendas de rojos corazones brillantes y sangrientos. Junto a la verdura las montañas de fruta que me hablaban de la estación del año en que vivíamos: melones y naranjas, chirimoyas y uvas, plátanos y manzanas, higos rebosantes de azúcar, melocotones como mínimos soles amarillos... El mundo estaba vivo y aquí estaba.

Y de allí a la carne, los blancos mostradores de mármol de las carnicerías me parecían quirófanos recién abandonados por un loco cirujano. De los ganchos colgaban hígados que chorreaban sangre, lenguas en un postrero gesto de burla al comprador, bofes rosados con una obscena e íntima apariencia, bandejas de testículos, embuchados, gordillas, patorrillos, brazuelos de cordero esperando la guillotina vendedora. Todo me daba asco y todo, también, me fascinaba: el olor de los puestos de especias, clavo, canela, vainilla y pimentón; el perfume del bacalao, momias saladas recordando al lejano mar y, todo ello, mezclado en un rumor indescifrable, un cántico hecho con voces y con gritos aislados, el rompeolas de la vida, de una forma de vida para todas nosotras que cumplíamos allí como compradoras eternas un destino no escrito en vez de aquel distinto que ya jamás, jamás sería el nuestro.

La primera vez que fui sola al Mercado de Logroño era una niña, no tendría más allá de diez años. Fue al principio de los años treinta y la Plaza estaba recién inaugurada. En Logroño todo el mundo decía que el Mercado nuevo era algo especial, una obra de arte. Le escuché comentarlo a mi padre en la mesa. El, además de dedicarse a la construcción, era amigo del arquitecto, un señor que creo recordar se llamaba Fermín Alamo, me hizo gracia que su apellido fuese el nombre de un árbol y por eso lo recuerdo. Mi madre me contó que, muchos años antes, en tiempos de cuando la abuela era joven hubo allí una iglesia dedicada a San Blas y, luego, un mercado de verduras hecho todo de maderas.

Fui soñando todo el camino que era ya mayor, una señora, una mamá que iba a la compra. Llevaba el dinero bien apretado en mi mano infantil y, al brazo, una bolsilla que me empeñé en coger. Aquella vez primera fue una bella aventura, un breve sueño más en mi vida de niña pero, también, una marca que nunca más se iría.

Pronto murió mi madre y el Mercado dejó de ser un juego para pasar a ser un deber cotidiano. De repente me convertí en la hembra que daba de



comer a la familia, una sacerdotisa del puchero y la compra, la guardiana del fuego del hogar. El mundo se me hizo más pequeño y el Mercado creció en mi vida hasta ser del tamaño de una gran pesadilla. Pero no me daba cuenta, ignoraba que mi sueño era eso: un mal sueño. El mundo entero se alió para decirme que era buena: mi padre, mis hermanos, las vecinas, la gente conocida de la calle no paraban de alabar mis bondades, lo justo de mis actos. Yo misma estaba convencida que era así, nunca pensé otra cosa. Dejé mis libros, mis clases de piano y me hice experta en carnes y pescados, en guisos y limpiezas. Cada semana mi padre me entregaba el dinero para llevar la casa. Y nunca protesté, hacía que llegase como fuera al sábado siguiente, peleaba con el mercado, contaba las monedas y me inventaba guisos hechos con ilusión y con poco dinero. Nunca pudo conmigo la cesta de la compra...

¿Fui feliz?... No lo sé, ahora creo que no pero, entonces, la felicidad era hacer lo que todas: ser una buena niña, una hija buena, una esposa correcta y una madre ejemplar... Seguir la marca sin salirse de ella, no dar la nota, ser normal...

Cumplí todo. Mi padre y mis hermanos tuvieron una criada sumisa y obediente, una desconocida que nunca dijo en voz alta qué pensaba y, en Logroño, me pusieron de ejemplo en muchas casas. Yo bien sabía que daba pena a mis pocas amigas y que todas pensaban que era aburrida y triste, aunque muy buena chica...

Solamente era yo cuando, hacia las doce, salía de casa camino del Mercado. No me quedaba más libertad, no quería ya otra, que escoger la comida, hablar con los tenderos, tocar la fruta, decidir qué pescado iba a comprar. Lo demás era silencio y pura espera. Quería un milagro, un prodigio o no quería nada y, claro, nada milagroso ocurrió.

La guerra se notó mucho en el Mercado, que se volvió un sitio fantasmal y casi vacío donde apenas se encontraba nada. Pero, a pesar de todo, nunca faltó un plato de comida en casa para todos. Nadie sabe más que yo lo difícil que fué, las angustias que tuve que pasar cada día para conseguir el mínimo milagro de algo caliente. Tras la guerra todo volvió a ser como antes. Mis hermanos se fueron y mi padre murió. Yo acepté casarme con un hombre de cierta posición, un hombre bueno y algo tonto con el que pude permitirme no tener que crecer. Regresé nuevamente al Mercado, como antes de la guerra. El viejo caserón de la calle Sagasta me recibió como si nunca hubiese pasado el tiempo. No tenía más que hacer sino recorrer los puestos lentamente, me llamaban, me ofrecían los mejores productos y yo rechazaba, escogía como una diosa cruel y caprichosa.



Y es que algo así somos tantas mujeres que cada día, toda la vida, llegamos con las bolsas al Mercado, a la Plaza; una especie de nutrias diosas transformadoras de la energía, transmisoras de la vida, guardianas de esa metamorfosis cotidiana que hace que el mundo siga. Miles de manos llevan en todo el mundo el dinero a los altares de la carne y la fruta y convierten la comida en un poco de hombres, en un fragmento de personas creciendo hacia la nada, aprendiendo la oscura sinfonía de la supervivencia.

Desde mi galería puedo ver el mercado: es la hora en que vuelven las mujeres cargadas; viejas que ya conocen el secreto y otras, más jóvenes, que lo están aprendiendo. Vuelven todas esperando el milagro, algo que les haga tirar sus bolsas para siempre, no regresar jamás a hacer la compra...Piensan que puede ser mañana, hoy quizá... Un hombre diferente, una herencia, un premio gordo de la lotería. El milagro sucede pocas veces, la vida no deja dimitir a casi nadie. Yo tardé casi cincuenta años en aceptar esa terrible historia, esa aplastante conclusión: soy una jubilada de una críptica secta dedicada, igual que las demás, a mantener la vida a lo largo del tiempo. Comprar y cocinar un día y otro día. Recibimos la caza y los frutos salvajes hace millones de años de nuestros hombres heridos y agotados; de nuestros pechos brotó la leche como un interminable manantial y salvamos, así, a nuestros cachorros; para nosotras inventaron el fuego y las vasijas y trocamos el sexo por las pieles, nuestro miedo por nuestra sumisión y, luego, machacamos el trigo, cocemos y amasamos para las bocas que nos rodean y compramos comida en mercados y en ferias, matamos animales y ahumamos y salamos para que en el invierno no se muriese nadie que estaba a nuestro cargo y parimos en cuevas y hospitales porque nuestra misión era crear la vida con cualquier elemento en nuestras manos.

Mi historia, nuestra historia, es un cuento de vida. Los hombres, los amores se olvidan. Nada importan las guerras, los sufrimientos, las palabras que escriben los poetas. Somos tan sólo un eslabón que no debe romperse, un instinto más fuerte que todos nuestros sueños y deseos. No importamos si no es para seguir hacia adelante.

Si volviera a esa edad en que todo podía ser cambiado, sé que me vestiría al filo de las doce y cogería el viejo monedero sabiendo, ¿cómo no?, que estoy equivocada, regresaría al Mercado con mi bolsa y, probablemente, esperaré que ocurriese un milagro.



17



18



19

MERCADO DE ABASTOS DE LOGROÑO

EL ESPLENDOR DE LA RIBERA

El Mercado de Abastos de Logroño, que sirve como referencia y escenario fundamental para el cuento “LA COMPRADORA”, fue proyectado por el arquitecto riojano Fermín Alamo en 1928, y en ese mismo año inició las obras el constructor Mariano Yuste Yagüe, que ya en otras ocasiones había trabajado sobre planos de este mismo arquitecto.

El Mercado está ubicado en el centro de la ciudad, en el mismo lugar que había ocupado antes la Iglesia de San Blas, derruida en 1837, y donde posteriormente se contruyó la Plaza de la Verdura, desaparecida al comenzar las obras del Mercado de Abastos.

La antigua Plaza de la Verdura era una construcción de madera, carente de las más elementales condiciones higiénicas, y de ahí se desprende el proyecto del Mercado de Abastos, coincidiendo con el fuerte crecimiento de la ciudad de Logroño en los años veinte y treinta.

El Mercado de Abastos se construyó entre julio de 1929 y diciembre de 1930, cuando fue inaugurado, con un edificio de claras connotaciones modernistas, que incorporaba elementos muy avanzados para las técnicas de construcción de la época, tanto por la solución espacial diseñada por Fermín Alamo como por la utilización de hormigón armado en toda su construcción.

El Mercado es un edificio de tres pisos, con planta rectangular, rodeado por cuatro calles, con cuatro entradas simétricas, que en un principio contemplaban el acceso directo de los carros de mulas al interior del mercado.

Respecto al exterior, las fachadas se levantan sobre un zócalo de piedra artificial moldurado y el resto estucado a la Neolita, imitando piedra desvastada con plintos en pilastras, piedra abujardada con plintos en entrepaños y esgrafiados en frisos, según recoge Inmaculada Cerrillo en su obra “Tradición y Modernidad en la Arquitectura de Fermín Alamo”.

La distribución interior del espacio en el Mercado se resolvió instalando los puestos a los lados, recogiendo la luz directamente de la calle, con el objetivo de hacer el tránsito más fácil y fluido.

En la planta de la calle se encuentran, mayoritariamente, las carnicerías, y en el espacio central se instalan puestos de frutas y verduras que gestionan directamente los agricultores de la huerta riojana; mientras que en la segunda planta se encuentran las pescaderías y establecimientos de productos no perecederos; y, finalmente, el tercer piso está ocupado por fruterías.

El Mercado de Logroño ha sido restaurado recientemente por el arquitecto Rafael Alcoceba, respetando sus características originales. Las obras remodeladas se concluyeron en 1988 y consistieron, básicamente, en una limpieza de fachadas y adecuamiento general del edificio, la sustitución de los viejos puestos por otros nuevos, y la instalación de servicios higiénicos y un ascensor.

Este Mercado sigue acaparando, en la actualidad, la mayor parte del comercio detallista de productos perecederos en la ciudad de Logroño y recogiendo, entre sus paredes, todo el esplendor de la ribera del Ebro.





CRONICA DE UNA VISITA AL MERCADO CON VEINTICINCO NOTAS Y UN MAR

ANA VICANDI

No le extrañaría nada que las judías verdes hubieran vuelto a subir aunque mucho más descorazonadora es la certeza de que va a seguir lloviendo. Lloviendo, lloviendo. Durante toda la maldita semana un cielo muy feo se ha obstinado en aplastar la luz de la ciudad hasta casi atortujarla contra el asfalto pringoso y a cada tanto destila una carga de esa agüilla fina a la que con tantísima propiedad suele denominarse calabobos.

Uno de esos ataques de lluvia insustancial la ha vuelto a sorprender de camino al mercado, y ella va salvando los atolladeros del recorrido mientras masculla imprecaciones mezcladas contra los elementos adversos y el adminículo en escoceses grises, verdes y naranjas que conduce con las dos manos y mucha dificultad.

Ha vuelto a cometer la imprudencia de salir de casa sin protección contra el agua pero es preferible empaparse hasta el alma que sobrellevar la complicación nefasta de paraguas y carrito de la compra al caminar. El carrito sí es imprescindible y hacer avanzar una banasta sobre ruedas ya requiere bastante esfuerzo sin necesidad de enredarse en equilibrios de funámbulo sin vocación.

Las angosturas y peligros que hay que superar en el trayecto desde casa al mercado convierten el viaje en una carrera de obstáculos que no excluye el peligro de atropellamiento si una no anda ligera como hembra de gamo. Téngase en cuenta que en algunos de los tramos de este recorrido las aceras no alcanzan siquiera el metro de holgura y en ciertas zonas críticas éstas se estrechan hasta convertirse en un repecho impracticable en el que sólo cabe un pie (1).

A esa construcción de barrio antiguo y popular (2) hay que añadir el estorbo de un parque automovilístico en expansión perpetua. Los con-

1) Aunque en principio pudiera parecer precipitado, posteriores indicios permiten aventurar que se alude al segmento de la madrileña calle Almansa que desemboca en Bravo Murillo.

2) Tras la concienzuda investigación realizada con el objetivo de ubicar geográficamente el escenario de la acción, consideramos que, sin casi margen de error, esta referencia apunta al barrio de Bellas Vistas, en la zona sur-occidental del madrileño distrito de Tetuán.

Dicho distrito fue en sus orígenes un arrabal surgido en los extrarradios del Madrid amurallado. Los asentamientos que aparecen en el siglo XIX crecieron rápidamente, impulsados por dos circunstancias propicias: en primer lugar, la de tratarse de una zona fiscalmente "fronteriza", al margen de los altos impuestos de la capital; en segundo lugar, porque en ella era posible construir viviendas económicas sobre terrenos baratos.

Todo ello fue configurando unos caseríos que -habitados por comerciantes, obreros, inmigrantes recién llegados..., crecieron caóticamente, sin las normativas y planes urbanísticos que racionalizaron la formación de otros barrios más selectos. Las alineaciones caprichosas, entre vaguadas y desniveles, dibujaron un entramado de calles estrechas y tortuosas que ha subsistido hasta hoy.

Hace décadas que Tetuán se encuentra incorporado al municipio capitalino, pero sus barrios más antiguos, aunque remozados, adecentados y curiosos, siguen conservando actualmente, y en gran medida, la peculiar fisonomía urbana que sus orígenes suburbanos dictaron a golpe de pala, ladrillo e improvisación.

ductores de los coches en circulación se impacientan y abocinan a los peatones que se han visto obligados a lanzarse a la calzada para que dejen expedito su camino y se quiten de en medio sin más contemplación.

Los automóviles que permanecen aparcados encaraman uno de sus laterales sobre las aceras, cuando éstas no son extremadamente escuetas, y mientras ella se abre camino, esquivo las salpicaduras de los charcos reventados por los neumáticos que ruedan, tira del carro encallado en una falla del terreno y la lluvia recama sus pestañas con una guirnalda de brillantes líquidos, piensa que esos coches alineados tienen un aire de urgencia un poco soez.

Con los bajos así despatarrados casi parecerían animales perversos a punto de enclarse, si no fuera porque todos sabemos que sólo son estúpidas máquinas incapaces de otros deseos que no sean atorar las calles, quemar gases, bramar y correr.

Al desembocar en la arteria principal del barrio (3) el mundo se abre en un cierto sentido y se espesa en otro. De pronto las aceras son amplias y hasta parecerían un punto residenciales si no fuera porque el tránsito de gentes es prieto y avasalladoramente humano. Por fortuna, los viandantes han aprendido a discurrir por este río imparable a gran velocidad y sin apenas tropiezos, ojeando sobre la marcha los escaparates de las tiendas y las mercancías de los kioscos de prensa. Cuando llueve se intensifica aún más el ritmo de la marcha, porque casi todos los caminantes reconcentran la atención en las empuñaduras de sus paraguas y en la punta frenética de sus pies.

Un centenar de metros al sur la lluvia y la contaminación atmosférica desdibujan la grosera mole del puente elevado (4), pero ella camina en dirección contraria, remonta unos metros acera arriba y salva a la carrera uno de los cruces más multitudinarios que con toda seguridad regula un

3) Al hilo de nuestras laboriosas deducciones, esta "arteria principal" no puede ser otra que la ya mencionada calle de Bravo Murillo. En sus orígenes esta vía fue denominada la Mala de Francia -en afortunada adaptación popular de la denominación "La Malle", que los franceses habían dado a la carretera de salida desde Madrid hacia el norte-. El desarrollo del distrito, su propia existencia, está profundamente ligada a esta vía de comunicación que antes de adoptar su nombre actual y definitivo fue también denominada calle de O'Donnell. Se trata de una avenida extremadamente populosa, especialmente en el tramo al que creemos se hace referencia, esto es, desde la Glorieta de Cuatro Caminos hasta el punto llamado "del Estrecho".

4) Aun siendo un mero comentario circunstancial, este detalle ratifica lo afinado de nuestras apreciaciones, ya que el puente elevado de la glorieta de Cuatro Caminos es perfectamente visible, en dirección Sur, desde el ángulo de Bravo Murillo con *Almansa*. Este viaducto para el tráfico rodado fue inaugurado en 1969 y constituyó el primer paso elevado que se construyó en Madrid con hormigón pretensado.

Con su ciclópica irrupción, el viaducto partió en dos milades la plaza circular y quebró sin remedio la fisonomía tradicional de la antigua glorieta, hasta entonces adornada con una fuente central que anteriormente había ornamentado la Puerta del Sol.

En sus orígenes, la plaza fue un descampado en el que la carretera de Francia se cruzaba con el camino de Aceiteros y el paseo de Santa Engracia. En la actualidad continúa siendo un importante "cruce de caminos" en el que siguen confluyendo los dos tramos de la actual Bravo Murillo y Santa Engracia, junto con la Calle Artistas y los paseos de Raimundo Fernández Villaverde y de la Reina Victoria.



semáforo. Y al frente, al fin, por fin, la marquesina del mercado (5), con sus tres globos de luz colgante, le presta su cobijo y el vestíbulo del edificio abre para ella un hueco protector, como un gran hueco cuadrado y tibio.

Llega triste y destemplada, mojada e inquieta. Maldita lluvia, maldito cielo sucio, malditas judías verdes, maldita soledad de ama de casa de casa vacía en la que nada queda por gobernar. Además la llovizna ha convertido sus controlados bucles de peluquería en un amasijo de rizos naturales retorcidos hasta la contorsión. La tendencia de su pelo al enroscamiento la enfurece y su malhumor se traduce en los cuatro manotazos impacientes con los que trata de espantar las gotas de lluvia posadas sobre las hombreras de su chaquetón.

Pero, como siempre, enseguida se deja ganar por el bálsamo reconfortante de un cierto olor. Y la cosquilla nerviosa de la anticipación. Y un tufo y un ruido de organismo vivo que vienen de dentro y que suavemente atenúan su malestar, la desagradable humedad que le apelmaza el ánimo. Aspira varias bocanadas de ese aire familiar y el peso del carrito se hace de pronto más libiano. Sube las catorce escaleras (6) de acceso con una intensidad que a ella misma hubiera sorprendido minutos antes y atraviesa al trote la galería comercial que antecede a la nave principal del mercado(7).

Los ventanales del techo (8) tamizan esa grisura exterior de pesadumbre y lluvia, de desvalimiento y crispación, y el mercado es en contraste un gran vientre de luz caliente; una víscera que parece palpitar y estremecerse a pesar de estar tan sólidamente recosida a sí misma por las esbeltas columnas de hierro (9). Ella se para a aspirar lento, muy lento, de nuevo paralizada por ese cándido golpe de maravilla renovada que siente cada vez que irrumpe en el recinto. El retumbar de ese deseo atascado sin remisión y para siempre en alguna parte del pecho.

Qué nombre tan hermoso y apropiado tiene este lugar (10), piensa tam-

5) Se remite a NOTAS 10 y 14.

6) Se remite a NOTA 10.

7) Se remite a NOTA 10.

8) Se remite a NOTA 10.

9) Se remite a NOTA 10.

10) Los indicios que se desganan en estos últimos párrafos proporcionan pistas de incuestionable valor. Así pues, nos creemos en condiciones de enunciar la tesis fundamental de la presente investigación: el mercado al que se hace constante referencia es el de "Maravillas", sito en Bravo Murillo, calle a la que dan su fachada y entrada principales. Esta última está protegida, en efecto, por una larga marquesina. Los datos referidos a los tres globos de luz y a los catorce escalones ascendentes encajan asimismo con exactitud matemática.

La planta de este mercado presenta, por otro lado, forma de T. La galería comercial que se menciona constituiría el tramo vertical de dicho grafismo, mientras que la nave principal conformaría el rasgo superior y transversal. Uno y otra suman un total de 8.772 metros cuadrados, lo que convierte al "Maravillas" en el mercado minorista de mayores dimensiones de Madrid.



bién cada vez, porque la rutina de la visita diaria y los años acumulados (11) no han hecho sino alimentar esa extraña pulsión de excitación y ansia, de alegría y tensión, de absurda aventura cotidiana.

Ya desde que siendo una jovencita acompañaba a su difunta madre a aquel mismo mercado (12), a través de las mismas callejuelas enrevesadas del barrio, ha sentido el recinto como una burbuja de mundo aparte. Eran entonces difíciles tiempos de hambre y penuria y la compra era un duro ejercicio de subsistencia, pero la imagen que prevalece por encima de cualquier otra es la de la chavalilla flaca que ella fue, caminando de puesto en puesto junto a la madre, dichosa y ufana porque se le permitía ayudar con la carga del modesto capachito de la compra familiar.

Hace mucho que ella dejó de ser una jovencita (13). Que dejó de ser una mujer casada. Que casi dejó de ser, a veces piensa. Ahora su pensión de viuda y los ahorros de toda una vida le permiten un buen pasar. Ahora también tiene un flamante carro nuevo y antes tuvo otro y otro y otro.

Antes también tuvo un marido y unos hijos a los que alimentar, pero ahora sólo le queda el carrito en escoceses grises, naranjas y verdes con el que disfrazarse de mujer atareada que soporta unas serias responsabilidades de abasto doméstico que no tiene ya. Ahora sólo tiene el maldito carro de cuadros y el ritual escrupulosamente metódico que empezó a entretejer el día en que el vacío se instaló definitivamente en su casa y la burbuja de mundo aparte que era el mercado empezó a convertirse en la parte del mundo más real.

El demorado paseo de inspección con que inicia la visita sigue un recorrido sólo aparentemente caprichoso por la cuadrícula de calles interiores, paralelas y perpendiculares, que conforman los puestos adosados en largas hileras (14).

las claraboyas cenitales y las delgadas columnas de hierro sobre las que se sustenta la estructura de la mencionada nave principal son asimismo dos de los elementos que caracterizan al conjunto arquitectónico. En cuanto al nombre del mercado, ciertamente de belleza inusual, ha de apuntarse que es herencia directa de la construcción que con anterioridad ocupaba el emplazamiento, esto es, el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas de los Hermanos de la Doctrina Cristiana.

11) Se remite a NOTA 12.

12) Esta inesperada y sucinta remembranza del pasado arroja cierta luz sobre una cuestión quizá no sustancial al objeto de nuestra investigación, pero que comporta a nuestro entender un interés mucho más que anecdótico. El mercado de "Maravillas" fue inaugurado en 1942, lo que significa obviamente que cualquier visita no puede ser anterior al año en cuestión. Por otro lado, los "difíciles tiempos de hambre y penuria" remiten claramente a los primeros años de la postguerra. Todo ello permite inferir que el sujeto debe hallarse en una banda de edad comprendida entre los 54 y los 62 años.

13) Se remite a NOTA 12.

14) El mercado de "Maravillas" fue proyectado por el arquitecto Pedro Muguruza Otaño siguiendo los pautas del llamada estilo "racionalista". La marquesina que protege la entrada principal es, por ejemplo, uno de los rasgos típicos de dicho estilo, lo mismo que la regularidad geométrica con que se distribuyen los puestos sobre la planta rectangular, componiendo, en efecto, una cuadrícula de vías paralelas y perpendiculares. A todo lo largo de dicha planta, en sentido Norte-Sur, discurren un total de cinco calles, cortadas por decenas de transversales.



23



24

También hay, desde luego, mucha gente en el mercado (15), pero aquí su tráfico resulta amable, conciliador, olvidadas al fin las puntas de sus pies miserables. Y es cierto, comprueba, que los precios de las judías verdes andan últimamente como fuera de sí, pero en compensación los tomates presentan un comportamiento muy moderado. Hoy, los preciosos frutos de la tomatera muestran una carnosidad exultante desde los puestos de verduras y hortalizas (16). A su lado los manojos de puerros alzan sus orgullosos penachitos vegetales; los cuerpos orondos de las berenjenas lanzan destellos de morada turgencia; con su simpática monstruosidad las patatas (17) se aprietan entre sí, y en la convivencia amontonada de sus correspondientes cajoneras hacen lo propio las zanahorias de carne prieta, los nabos grumosos, las cebollas nacaradas, los contundentes calabacines, los pimientos de bruñida piel. Aquí y allá lechugas y escarolas componen manchas de verde cerrado sobre las que los rábanos salpican puntos de sangre inocente.

Intercalados y deslumbrantes, los puestos de frutas (18) compiten en la promiscuidad de las formas y colores: el terciopelo rasposo de los melocotones, la redondez verdirroja de las manzanas, el amarillo de los plátanos enracimados, la gracia de las peras con sus rabitos insolentes, las dulces ciruelas, las crestas de mandarinas y naranjas, presas en el oleaje de unos océanos quietos sobre los que la tormenta nunca acaba de descargar.

Pero ella no compra nada todavía. Siempre deja eso para el final. Nadie la espera en casa y la única prisa que podría sentir, la de pasarse un cepillo por la cabeza acaracolada, no es en realidad apremiante. Prefiere demorarse, continuar zigzagueando en un paseo sólo aparentemente arbitrario, solo en apariencia banal. Tuerce aquí y allá, y se recrea ahora en la contemplación de las resbalosas criaturas que yacen sobre hielo machacado, trasmutada para siempre por la de pescado (19) su primitiva condición de peces. Quizá mañana compre una pescadillita para comer, piensa ahora, mientras admira la apetitosa belleza de las gambas, el brillo negro

15) El mercado de "Maravillas" disfruta de un merecido prestigio y ha abastecido durante décadas no sólo al público del distrito sino a compradores procedentes de otras zonas más lejanas de la ciudad e incluso de la provincia. Como todos los mercados tradicionales, el "Maravillas" ha acusado en los últimos tiempos los efectos de la competencia de los modernos hipermercados, pero, no obstante, su reputación no ha sufrido merma, la afluencia de público sigue siendo copiosa y la animación constante.

16) Se remite a NOTA 18.

17) Se remite a NOTA 18.

18) Los puestos de frutas y hortalizas suman en el "Maravillas" un total de 77. Los volúmenes medios de ventas de frutas y verduras frescas son, respectivamente, de 400.000 y 300.000 kilogramos por mes. En capítulo aparte, las ventas de patatas alcanzan los 200.000 kilogramos al mes.

19) Se remite a NOTA 20.



25



26

de los mejillones, el pataleo de los cangrejos que se remueven en su caja como imposibles trocitos de acantilado rocoso (20).

También están las piezas de vaca y añojo, y las de ternera, y los costillares de cordero, y los fragmentos de cerdito pálido, y los pollo decapitados, y las perdices colgando pico abajo, y los huevos de fragilidad perfecta, y los riñones que sonríen, y los hígados sangrantes, y las morcillas enhebradas en ristras como misteriosos organismos dormidos (21).

Pero ella no compra nada, sigue sin comprar nada, cada vez más tomada por el calambre que siente a medida que se acerca a ese cruce de emociones al que ya siempre, indefectiblemente, acaba conduciendo su paseo. Camuflada tras la normalidad de su carrito vacío, le contempla absorta desde el esquinazo de un puesto de ultramarinos (22).

Está encaramado tras su mostrador y atiende a las clientas que se arremolinan frente a él con esa eficacia plácida que a ella le parece tan superior. Le gustan su cara y sus ojos; le gustan los dos surcos profundos que el tiempo ha ido dibujando alrededor de su sonrisa ancha y las canas entreveradas que le sombrean de gris el pelo crespo. Pero sus manos siguen siendo jóvenes, tersas, ágiles y eficientes. Cortan, pesan, componen pulcros paquetitos de papel. Ella le observa desde lejos y siente que se le licúa un brote de ternura en el vértice de los ojos. Cree que le conoce desde hace siglos aunque en realidad sólo puede hacer algunas décadas, las transcurridas desde aquellos días lejanos en que acompañaba a su madre al mercado para cargar el capacho de la compra familiar (23).

Entonces ella era un chiquilla flaca y él un aprendiz mozalbete con el que no recuerda haber cruzado nunca sino alguna mirada casual. Después ella tuvo un marido apacible y unos hijos hermosos y descastados a los que alimentó con un amor sin fisuras de esposa y madre. Pero un mal día, mucho más tarde, el vacío se había instalado en su casa y poco a poco, con el empecinamiento de las locuras inocuas que crecen y crecen, aquel esquinazo del mercado había empezado a atraerla como un imán de pelo

20) El "Maravillas" dispone de 35 puestos de pescadería y marisquería, en los que se despachan unas cantidades mensuales aproximadas de 225.000 kilogramos de pescado fresco y de 29.000 kilogramos de marisco.

21) Los puestos dedicados en exclusiva a la carne son 16, si bien existen otras 32 carnicerías que combinan esta especialidad bien con la venta de embutidos, bien con la de quesos, bien con la de especialidades de salchichería. También 16 son los puestos de aves, caza y huevos, mientras que las casquerías ascienden a 7. En el "Maravillas" se expenden 146.200 kilogramos de carnes frescas al mes, 72.000 kilogramos de pollo y 18.000 docenas de huevos.

22) Los puestos alineados que conforman la red de calles interiores del "Maravillas" suman un total de 269. A los tipos de establecimientos ya reseñados hay que añadir, entre otros, los ultramarinos, bares, herbolarios y puestos de especias, mantequerías, panaderías, lecherías, artículos de limpieza, reparación del calzado y floristerías.

23) Se remite a nota 12.



gris y ojos calmos. De tórax dilatado y muñecas peludas emergiendo de entre las mangas del mandil. Un imán de dedos volanderos que manipulaban sobre el teclado de la balanza electrónica como si se tratara de un cuerpo blanco de mujer.

Desde lejos, sin acercarse jamás hasta ese mostrador que irradia un aura de luz, se dice que a la vejez viruelas y amor y se ríe para dentro de su propia estupidéz enamorada. Pero al rato tiene que despedirse mentalmente hasta mañana.

Ahora sí le pareció que se había hecho tarde y se apresuró. De salida compró un cuarto de kilo de carísimas judías verdes, un poco de carne picada y el pan. Al retornar al mundo exterior comprobó que la cúpula de nubes se había rasgado en mil jirones que el viento arrastraba tierra adentro, liberando un cielo impaciente y escandalosamente azul.

Limpia de brumas, la resplandeciente línea del mar se había hecho visible; el aroma del salitre se imponía sobre todos los demás e invadía el aire como un perfume embriagador (24). Pero aún tenía que cocer las judías verdes y prepararse las albóndigas. Hizo un quiebro con el carrito para desatascar sus ruedas medio hundidas en la arena (25), se sonrió a sí misma y enfiló el camino de vuelta, contenta, veloz.

24) Se remite a NOTA 25.

25) Obviamente, estas tres últimas y desconcertantes referencias a la línea del mar, el aroma a salitre y la arena parecen desbaratar la teoría hasta este punto tan coherentemente argumentada, contradiciéndola en lo esencial. El investigador confiesa que estas tres incómodas "pistas" le han sumido por momentos en el desaliento y la confusión. Porque, ciertamente, ¿qué pinta aquí el mar?, ¿a qué viene eso del perfume salino?, ¿y la arena..., a cuento de qué? Pero vencida la tentación de desistir, mandarlo todo al carajo y salir a respirar el aire mojado, el investigador se reafirma en su tesis; asegura así mismo haber considerado y reconsiderado la situación con todas las cautelas y el rigor precisos antes de desestimar el sesgo "marítimo" que se introduce en este, a nuestro entender, extravagante párrafo final.

Así pues, y tras mucho darle vueltas al asunto, queremos creer que el mar, el olor a salitre y la arena son sólo imágenes poéticas, inspiradas quizá por la suerte de arroboamiento que inunda al sujeto y que traspasa a la propia narración. El investigador sospecha que la naturaleza humana es por naturaleza inconsecuente, que el amor, más siendo platónico, puede obrar el milagro de la más intempestiva ensañación, y que el universo sólo es una bola menuda que gira en el interior de una cabeza.

No es objeto del presente trabajo, sin embargo, entrar en disquisiciones de esta entidad, más allá del estricto ámbito científico que es de nuestra competencia. Al investigador siempre le quedará, por supuesto, el leve resquemor de haber sido víctima de un espejismo y, en definitiva, de haber metido la pata hasta el corvejón. Aunque, repito, yo creo que no. Sea como fuere, si garantizamos para concluir que el resto de los indicios que aparecen en el texto han sido evaluados con la máxima objetividad y que las notas a pie de página -oportunas o no-, se atienen punto por punto a datos documentales, muchos de ellos proporcionados por la Asociación de Comerciantes del Mercado de "Maravillas", a la que damos las gracias por su amable colaboración.





EL CHARCUTERO, SU MUJER Y EL HOMBRE DEL MALETIN

JOSE IGNACIO URRUTIA

Al comienzo de la calle Marzana, en Bilbao La Vieja, hay un jardincito con algunos árboles y bancos que miran sobre la ría. En esta parte baja de la ciudad, la ría discurre aguas abajo, aproximadamente hacia el oeste, y está atravesada por varios puentes cercanos entre sí. Desde el jardincito, y al otro lado de la ría, cimentado en su orilla y bañado lateralmente por sus aguas, puede verse un edificio extenso y macizo que, en aquel templado amanecer, y con las ventanas iluminadas, semejaba un gran Casino en plena actividad. Detrás del edificio se erguía, negruzca a esa hora, la silueta puntiaguda del campanario de San Antón.

Sentado en uno de los bancos, Seve miraba pensativo hacia el edificio, hacia sus cristalerías, sus cortas columnas, sus escalinatas de piedra y metal, y el bullicio creciente que se iniciaba en la madrugada por sus alrededores. La intensidad de su mirada señalaba alguna relación profunda entre él y el edificio. Era invierno, pero había soplado viento sur y la noche había sido templada. Como siempre que en Bilbao sopla viento sur, los humos y la bruma son arrastrados hacia el mar, la atmósfera queda desacostumbradamente limpia y aumenta la luminosidad de las farolas y la nitidez nocturna de edificios y calles. Al otro lado de la ría, unas primeras siluetas grises empezaban a moverse entre los desplazamientos de vehículos con los faros aún encendidos. Pronto sería de día, y las bandadas de gaviotas comenzarían sus incesantes vuelos en círculos, avizorando los desperdicios comestibles que de aquel edificio se arrojaban al agua. Aquel edificio no era otro que el Mercado de Abastos de Bilbao, popularmente conocido por Mercado de la Ribera.

Seve, el hombre que miraba pensativo y concentrado hacia el mercado a aquella hora tan temprana, era corpulento y estaba protegido por un enorme abrigo azul. No era muy mayor, poco más de cincuenta años, pero por lo abatido de su figura se diría que estaba en el declive de su vida. Sin apenas haber dormido, salió muy temprano de su casa en la cercana calle Marzana, desasosegado e insomne. Aunque su aspecto habitual era el de corpulento y macizo, ahora presentaba un aspecto de encogimiento general. En los últimos meses había adelgazado, su cara estaba surcada por dos profundas arrugas verticales y sus labios habían disminuido de color y volumen, resumidos ahora en una permanente línea fruncida. En su mirada, antiguamente cordial y serena, había ahora estupor y tristeza.

Después de haber permanecido durante casi dos horas en aquel banco, se desperezó y bajó las escaleras que conducían al muelle de La Merced. Con las manos en los bolsillos del abrigo, paseó lentamente por la orilla de la ría. Al

otro lado del agua, y desde aquella perspectiva lateral, el mercado parecía ahora un enorme buque cuya línea de flotación la constituían las huellas de las mareas y la hilera de tuberías de desagüe. Pasó al lado de la lonja de Vicente y le llegó el olor de las especias. Poco a poco aumentaba la claridad del día. También aumentaba el número de gentes y vehículos que ya transitaban por el puente de San Antón. Subió unas escaleras de piedra que le dejaron sobre el mismo puente y enfiló hacia la Ribera. De las paradas de autobuses de la plaza de La Encarnación bajaban grupos de mujeres con buen humor que venían desde los pueblos a comprar a la capital. Algunas de ellas se dirigían hacia los comercios del Casco Viejo y otras al Mercado. A los oídos de Seve llegaron los comentarios joviales y en voz alta que se dirigían unas a otras, signos de movimiento y vida que no sintonizaron adecuadamente con su lúgubre ánimo.

La luminosidad fluorescente de una churrería, plantada frente a Simago, le llamó la atención y se decidió a comprar una docena de churros. Poco después se sentaba a una mesa, delante de un reconfortante café con leche en un bar próximo, desde cuyos ventanales podía seguir viendo el edificio del mercado. Pensó que tenía que entrar en aquel mercado. Tenía que dejar de merodear por sus alrededores y atreverse al fin a encarar una situación en la que algo muy suyo estaba en juego. Un fugaz signo de determinación se dibujó en su semblante. Pensó que el café le daría fuerzas. Y así pasó un buen rato dándole vueltas a la cabeza y recordando lo sucedido en los últimos meses.

El hombre que ahora tomaba café en aquel bar de la Ribera nada tenía que ver con el hombre de buen humor que durante años había regentado el mejor puesto de charcutería de todo el mercado. Cuando el comprador pasaba por el puesto de Seve advertía ese toque de gracia que presentan los trabajos hechos con dedicación y afecto. Una aureola de pulcritud y armonía brillaba en el conjunto: en el rosa nacarado de los embutidos frescos; en las ordenadas hileras de los curados con su pátina nevada; en la fragancia de los jamones; en la exquisita presentación en bandejas de los picadillos caseros; en la oscura voluptuosidad de las morcillas; en la sobria amabilidad con que Seve y su mujer atendían a una clientela cautivada y agradecida. No digamos nada de esa parte que era la boutique del puesto, aquellas joyas de alta charcutería embasadas en relucientes recipientes de cristal que él mismo manufacturaba en su casa. Fueron famosas sus salchichas estilo Seve, codiciadas por los mejores restaurantes, y cuya fórmula secreta se la trajo de su juventud pasada en el sur de Francia, durante el exilio del padre. Allí aprendió el arte de los patés, los coci-



29

mientos de las carnes, la debida dosificación de lo magro y la grasa, la sabiduría alquímica de las especias, la curación y ahumado de ciertos embutidos, o el adobo de jamones, costillares y pancetas.

Pero, como muchos artistas, Seve había sido una nulidad para el cálculo o para los negocios. Para los números, para la contabilidad, para las decisiones, para eso estaba su mujer. Ella había sido una mujer alta y de anchos hombros, típica matrona vasca que lleva las riendas de la casa. Seve había sido un hombre sencillo y trabajador con una curiosa mezcla de timidez y poder que coexistían en su figura y sus movimientos. Calificarlo como callado o de pocas palabras no le haría justicia. En realidad, era exquisitamente atento y amable con la clientela, captando instintivamente sus deseos, y le bastaban pocas palabras pero certeras para entenderse con todo el mundo. Era habitual verle concentrado, ya tuviese poca o mucha importancia lo que hacía.

Luisa, su mujer, algunos años mayor que Seve, inquieta y dominante, había tenido una relación intensa y más expansiva con la clientela, pero en el papel de maestra que da consejos o directrices. Estaba al tanto del reuma del marido de una clienta, o cómo crecían los hijos de otra, o de la situación de paro de la de más allá. Pero sobre todo, era la encargada de los números y llevar al día los costes y las ganancias, aspecto este del negocio del que Seve se desentendía absolutamente. Al ser ambos de caracteres tan opuestos, se habían complementado perfectamente en el negocio en el que ya llevaban más de veinte años.

Un día su mujer tuvo un desvanecimiento. Al despertar dijo algunas incoherencias y ni siquiera reconoció a Seve. Al día siguiente, fueron al médico, que le recetó unas pastillas contra la tensión y un régimen alimenticio. Dos semanas después tuvo otro desvanecimiento y su incoherencia posterior fue más alarmante. No, aquello no era un caso más de tensión alta. Algo estaba anidando en la cabeza de la mujer.

Las sucesivas recaídas de Luisa convirtieron los días de Seve en un continuo sobresalto, obligándole progresivamente a desatender su puesto en el mercado. Un par de meses más tarde la situación empeoró; la capacidad mental de su mujer se deterioró irreversiblemente (Seve recordaría para siempre ese momento a partir del cual no le volvió a oír una palabra más), y Seve intentó que le hicieran una intervención quirúrgica en Francia, con éxito nulo. Definitivamente, Luisa se había convertido en un vegetal que cada vez dependía más de él para todas sus necesidades vitales. Seve sentía como si desde un pozo oscuro y sin fondo tironearan de él.



30

Pero Seve no era ese hombre práctico que va tomando soluciones parciales según se van presentando los problemas. O se dedicaba con toda el alma a una cosa, o se dedicaba a otra; pero no sabía entregarse a medias frente a dos cometidos a la vez. Eligió que debía permanecer al lado de su mujer. Y puso al frente del puesto a un sobrino con el que firmó un contrato de traspaso al que apenas prestó atención, creyéndose que lo natural era que fuese transitorio mientras su mujer estuviera en aquel estado. No tardó mucho Luisa en entrar en esa fase que el personal médico llama terminal, y falleció semanas más tarde.

Ahora, cuando Seve tomaba su café, hacía un mes que todo había concluido. Y Seve, después de pasar unas semanas en casa de sus cuñados reponiéndose, había vuelto a Bilbao a enfrentarse con lo que quedaba de su casa, lo que había sido su modo de vida y a su, temía Seve, esquilmada cuenta bancaria, pues pudo comprobar palmariamente, él que siempre estuvo alejado de las cuentas, lo caro que resulta enfermar, incluso lo caro que resulta morir.

Así, por fin, se incorporó para abandonar el bar, y se dirigió hasta la entrada del mercado. Pero cuando traspasó la puerta principal supo que algo no funcionaría y que la entrevista con su sobrino sería inútil. Atropelladamente, le asaltaron varios pensamientos, entre ellos el de la esterilidad de su matrimonio, la falta del Buen Hijo que hubiera cambiado radicalmente la situación. Y por primera vez tuvo un reproche hacia su mujer. En su imaginación y como contestando a su reproche, ella le miró desde algún lugar que él percibió como elevado; seria, altiva y con los ojos fijos en los de él, en los cuales Seve creyó entrever algún tipo de enigma.

Sin embargo, siguió caminando como un sonámbulo por los corredores del mercado, abarrotados de gente ruidosa. Miraba fijamente hacia delante para evitar saludar a tantos conocidos. Llegó hasta su puesto. Una primera señal de alarma fue ver el cambio de nombre que figuraba encima del mostrador. También se fijó en que aquel rincón que él había destinado siempre para sus más exquisitos productos de alta charcutería, estaba ahora ocupado por productos convencionales, algunos de importación, pero no los relucientes recipientes de cristal que hubo en otro tiempo. No estaba su sobrino, sino una chica joven, probablemente su mujer o novia, desconocida para Seve, y que estaba atendiendo a una cliente. Seve esperó pacientemente a que terminara. Después, la joven se volvió hacia él con una amplia sonrisa.

— ¿No está Ignacio? —preguntó Seve.— La aduladora sonrisa de la joven, si cabe, aumentó de amplitud. A Seve no le gustó esa amabilidad calculadora de los primerizos.



31

– No está en este momento, pero ya le puedo atender yo. Dígame que desea. Seve le dijo quién era y la sonrisa de la joven desapareció instantáneamente y se atrincheró en un desfachatado mutismo, como desconociendo a quien tenía delante y menos aún a lo que venía. Desde luego, no le invitó a entrar. Seve permaneció un par de minutos esperando, hasta que por fin decidió que había visto bastante y comenzó la retirada. Su intuición anterior, cuando traspasaba la puerta, resultaba cierta.

Evitó en lo posible quedarse hablando con sus antiguos compañeros, pero al pasar por el puesto de Amparo, la vendedora de aves, ésta salió a su encuentro y a Seve le llegó una oleada de afecto. La vendedora, viuda como él, antigua amiga de su mujer, y de las pocas personas de quien recibió ayuda en los meses de enfermedad, al verlo tan abatido le preguntó qué le ocurría. Seve dijo que se encontraba bien. Amparo, porfió en ofrecerse para lo que fuera, en vano. Seve, algo confundido, insistió en que se encontraba bien y dijo que tenía que marcharse a su casa. Y eso fue lo que hizo, caminó hacia delante, conmovido y extrañamente inquieto. Sin embargo, un sutil cambio se efectuaba en su ánimo.

Fuera cuando dejaba atrás el obsesivo mercado, o cuando volvía sobre sus pasos en la familiar calle Marzana, o cuando ya en su casa se sirvió una copita de orujo y se sentó en una butaca sin quitarse el abrigo, lo cierto es que hubo un instante en que Seve comenzó a considerar que era tal la vaciedad que encontraba a su alrededor, tan poco lo que tenía que perder, aún sabiéndose en esa edad peligrosa que no se puede optar a una jubilación y es muy difícil empezar de nuevo, tan cercado estaba por la nada, tan a cubierto por ella, que se sintió más fuerte que todo lo que le rodeaba.

No sabía que la mañana aún le reservaba importantes sorpresas. Se había quedado amodorrado en el butacón cuando sonó el timbre de la puerta. Se sorprendió al ver que eran Amparo y un hombre con un maletín negro.

–Este hombre –dijo Amparo señalando al del maletín– le está buscando por todas partes y me he dicho: ya le acompaño yo hasta su casa, y aquí se lo he traído, que de paso quiero ver como se arregla usted y ver de hacerle algún apaño, que usted, Seve, buena casa tendrá...

Todavía algo dormido, Seve los hizo pasar. Cuando se había quedado adormilado en el butacón, había soñado que se enfrentaba a un personaje que se llamaba Ejecutor. Cuando vio a aquel hombrecillo que sostenía el maletín negro, Seve pensó: Ya ha venido. Sin embargo la escena parecía de lo más natural. Amparo le miraba con su habitual mirada confiada y el hombre exhibía



32

una peculiar e inofensiva sonrisa de conejo. Logró entender que se llamaba Uriarte y que se dedicaba a la contabilidad fiscal, término que a Seve le dio mal presagio.

Amparo entró a la cocina y murmuró algún comentario sobre el desorden de los hombres. Seve y el hombre de sonrisa de conejo quedaron a solas y Seve lo miró preguntándose cuando le diría lo peor. El hombre con sonrisa de conejo, y que se llamaba Uriarte, parecía tranquilo, pero hasta los verdugos (pensó Seve) llegan a efectuar su trabajo con la mayor naturalidad. El hombre abrió parsimoniosamente su maletín y fue sacando varios documentos que fueron colocados ordenadamente, y todo esto sin hablar palabra, sobre la amplia mesa del comedor a la que se habían sentado.

– Bien, bien, ahora le toca a usted –fue el preámbulo de Uriarte y Seve se preguntó a qué fatalidad se refería–. Quiero decir que ahora es Ud. el que tiene que afrontar con todos los asuntos que durante años he tratado con su mujer, que en paz descanse. Ya sabe a qué asuntos me refiero. Hay varios de ellos que requieren una solución lo más pronta posible.

Uriarte alzó la vista de los documentos, fijó sus ojos en los de Seve quien le miraba expectante, y continuó con tono admonitorio:

– Lamentablemente, hoy en día las leyes son cada vez más restrictivas y complicadas –Seve sintió que se le encogía el estómago–. Quizás sea mejor empezar por los alquileres que vencen en fecha próxima.

Seve miró alarmado a su alrededor. ¿Tenía que pagar algún tipo de alquiler? Que él supiera aquella casa en la que ahora estaban era de su propiedad, o al menos lo creyó siempre. Uriarte le miró unos momentos y Seve, confuso, tardó en contestar. En su mente se diseñaron dos frases; una de ellas era: Dígame qué se debe y acabemos cuanto antes. La otra frase era: Pero bueno vamos a ver; se decidió por la segunda, menos radical. Tomó fuerzas y cuando sus labios comenzaban a ejecutarla, Uriarte, que había interpretado su silencio como falta de decisión, tomó la palabra de nuevo.

– Bueno, bueno, ya me dirá usted algo. Tenemos tiempo para eso. Hablemos de otro tema. Ya sabe usted que ahora Solchaga está apretando las clavijas.

Uriarte subrayó la alusión amplificando su perenne sonrisa de conejo y Seve tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería al ministro de Hacienda. Dios mío, pensó, así que se trata de eso. Y en sus labios otra vez comenzó un intento desesperado de: Pero bueno vamos a ver, al tiempo que Uriarte introducía un nuevo concepto que añadió más confusión en la mente de Seve: –Así que algo habrá que hacer con los pagarés forales y con todo lo demás.



– ¿Los pagarés forales? –preguntó sorprendido Seve y ya iba a pronunciar el consabido Pero bueno vamos a ver, cuando Uriarte recalcó apresurado:

– Los pagarés forales y todo lo demás. Hablemos claro, don Severiano. Ese dinero es más negro que el porvenir de la industria vasca.

– ¿Dinero negro? –balbució Seve, y ya se vio escoltado por la policía, reo de algún delito del cual no tenía idea.

– Negrísimo –reafirmó Uriarte–. Pero no se alarme. Calma al obrero y vayamos al grano. Tiene Ud. dos alternativas. Una: debajo del ladrillo, ya sabe –y Uriarte hizo un gesto rápido simulando esconder una mano debajo de la otra–. Dos: hacer una Declaración complementaria antes de fin de año y aquí paz y después gloria. Yo le sugiero la complementaria; y me he permitido redactársela para que usted dé el visto bueno; porque ya me dirá que harían toda esa partida de millones debajo de un ladrillo...

Y esta vez, Seve, en vez de intentar decir aquello de: Pero bueno vamos a ver, simplemente dijo una palabra con tono suficientemente alto:

– Uriarte. –el aludido paró de hablar y le miró sorprendido; Seve continuó: –Mire usted, Uriarte, para mí es algo embarazoso lo que voy a decirle, pero Ud. ha tratado siempre todos esos temas de números y contabilidades con mi mujer, y yo no tengo ni idea de lo que me está usted hablando, así que le rogaría que empiece por el principio y así nos entenderemos todos.

– Ja –gesticuló Uriarte con su sonrisa de conejo ahora congelada, mirando a Seve con ojos incrédulos y muy abiertos; luego paseó su mirada lentamente por todos los papeles desparramados sobre la mesa; por fin volvió sus ojos a los de Seve: –¿Quiere decirme que Ud. no sabe...?

No, no sabía nada de nada; ni palabra. Y Uriarte saliendo poco a poco de su desconcierto, comenzó a informarle de la fortuna que su mujer había amasado calladamente en los últimos años. Poco a poco, aquellos papeles desparramados sobre la mesa empezaron a tener significado para el asombrado Seve. Pagarés forales, Bonos del Tesoro, participaciones en fondos de inversión gestionados por entidades bancarias cuyos nombres o siglas –alguno de ellos extranjeras– ni siquiera conocía, extractos de cuentas bancarias de las que nunca supo que existían, contratos de alquiler de varios pisos de su propiedad en Santuchu y San Adrián... Uriarte enfatizó hasta la saciedad las cualidades de estrategia financiera de la difunta Luisa, llamándola entre otros epítetos, genio clarividente. Todo había comenzado a principios de los ochenta, a partir de unos ahorros y una herencia de terrenos (de la que Seve ni se acordaba), junto con unas operaciones brillantes en Bolsa ya mediada la década. Seve estaba



34



35

asombrado y apenas podía articular algún que otro monosílabo, abriendo y cerrando la boca constantemente, mientras Uriarte le explicaba con cierto regusto todos los pormenores.

Entró Amparo cuando ya habían acabado las explicaciones. La mujer les preguntó si querían que les sirviese algo.

— Amparo —dijo Seve—, hágame el favor de traer la botella de orujo que hay en el frigorífico. Y usted, Uriarte, dígame que quiere tomar.

El hombre de la sonrisa de conejo dijo que tomaría un cafecito, aunque Seve insistía en que tomase algo más. Poco después, los tres a la mesa, efectuaron un extraño brindis: Seve con su vaso de orujo, Uriarte con su café y Amparo con una taza de leche caliente. Era aproximadamente mediodía, aunque Seve no tenía idea si era tarde o temprano, si era la mañana o la noche. Percibió en Amparo por primera vez la proximidad de la hembra, su rubor contenido de adolescente de cincuenta años. Quizás la vio como la nueva tierra fértil, después de que las aguas se retiran. Tomó un buen trago de orujo y sintió que era arrastrado por una poderosa marea, la cual no era más que una pequeña parte de vastos y eternos ciclos de fertilidad, crecimiento y muerte. Y entre todas las imágenes que vislumbró, una era la de verse a sí mismo en el mismo puesto de la vendedora de aves. Y en una esquina del mostrador estaban sus recipientes de cristal con sus patés de verdadero hígado graso de pato, sus bandejas con picadillo de cerdo, aquellos cerdos que sus cuñados engordaban a base de berza y patatas cocidas, y que él condimentaba con un pimentón traído expresamente de La Rioja; o aquel picadillo de ternera con el genial añadido de higaditos de pollo pasados por el aceite de oliva virgen, el cognac y unas gotas de limón; su pastel de caza; su jamón dulce trufado; los botes de reluciente cristal con sus perdices en escabeche...

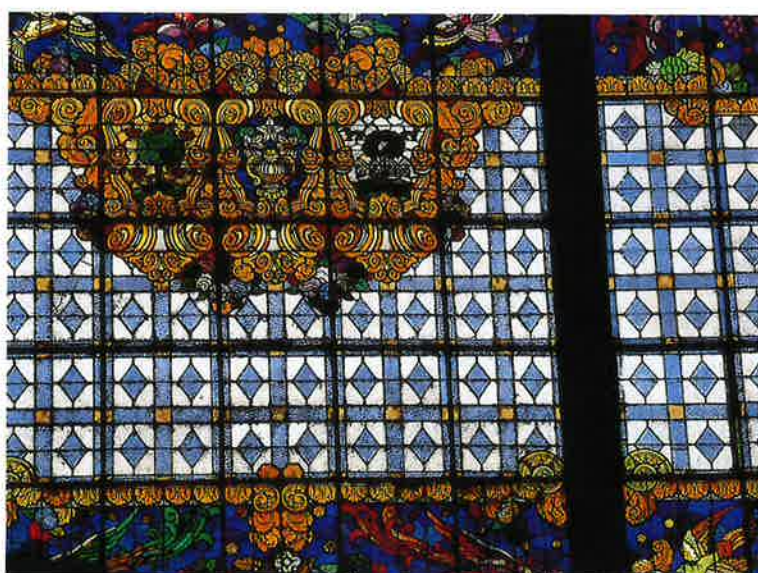
— ¡Seve! ¿Se encuentra bien? ¡Que se nos ha quedado absorto! —exclamó Amparo mientras le zarandeaba el brazo con fingida alarma; pero la mujer apenas podía disimular su regocijo.

— No. Es que le baila tanto número en la cabeza que no me extraña —dijo Uriarte, mirando cómplice a la mujer y exhibiendo una vez más su peculiar sonrisa.

Mientras, en la cercana ría, por los alrededores del mercado continuaba el incesante vuelo de las gaviotas.



36



37



38

MERCADO DE LA RIBERA DE BILBAO

EL MAS GRANDE DEL MUNDO

El más grande. Un bilbaíno no se anda con chiquitas. Realmente lo es: el más grande mercado municipal cubierto de Europa (y decir Europa es decir el universo mundo; porque, vamos a ver, puede haber alguno tan grande en la China, o en Nueva York; pero seguro que allí no tienen ni los pimientos verdes, ni los tomates, ni las vainas del país que venden nuestras aldeanas, y ni siquiera sabrán lo que son las angulas de Aguinaga; así que esos no cuentan).

Y para demostrarlo, ahí van algunas cifras: 11.000 metros cuadrados distribuidos en sus tres plantas dedicadas, respectivamente, a pescados, carnes y vegetales. Un total de 536 puestos que dan trabajo diario a unas 5.000 personas. Es visitado semanalmente por unos 30.000 consumidores. Para el Ayuntamiento supone el 60% del total de ingresos de todos sus mercados.

Fue construido en 1929 según el diseño del arquitecto vizcaíno Pedro Ispizua, con marcadas líneas racionalistas. Está cimentado en la misma orilla de la ría y en el espacio de más densidad comercial de Bilbao: el Casco Viejo. La última rehabilitación y modernización de sus instalaciones interiores fue hecha con motivo de las inundaciones de 1983. En la actualidad luce un color exterior que podríamos definir como natilla tostada, ciertamente algo inusual para la típica seriedad del paisaje urbano de Bilbao.

Su parte más pintoresca es el área donde las aldeanas venden directamente sus productos de

la huerta en bancos corridos (pagan unas 300 pesetas por metro de banco), y donde es habitual el regateo. Este aspecto nos recuerda el significativo lugar donde está emplazado. Tal espacio fue antiguamente la Plaza Mayor de la Villa, lugar de encuentro y esparcimiento, plaza de toros y, a la vez, asentamiento de mercados periódicos, donde los aldeanos vendían sus productos en tenderetes protegidos por sencillas tejamanas. Posteriormente se construyó un rudimentario mercado cubierto, fundamentalmente de hierro y madera, hasta que en 1929 se edificó el actual y definitivo.

Hay algunos nubarrones sobre su futuro. El Ayuntamiento insiste en que es deficitario. La Asociación de Comerciantes del Casco Viejo y los titulares del mercado, unidos por un interés mutuo en revitalizar el espacio comercial común del Bilbao antiguo, replican que sería rentable si se tomaran medidas imaginativas. Quizás la más importante fuera dotarlo de un parking. Si Uds. observan el modo de hacer la compra más en boga en la actualidad (aprovisionamiento masivo para una semana o más, utilización del coche), comprenderán la necesidad vital de ese parking. Ojalá que los gélidos aires reconversionistas no atenten en el futuro contra uno de los edificios emblemáticos de la villa: el Mercado de la Ribera. Un lujo de colorido y vida, una inigualable variedad y calidad en los géneros.





39

ANIDANDO

JUAN RODRIGUEZ DE LECEA

Soy ave de paso. La vida y mis ocupaciones me han tenido siempre de aquí para allá, subiendo y bajando, probando un sitio y otro, de manera que nunca he podido identificar como mío un lugar de esos que llamamos propio. He tenido, por el contrario, que ir distinguiendo, poco a poco, aquellos en los que, por haber repetido más a menudo mi paso por ellos o porque pronto encontré una forma grata de organizarme y moverme, me daban la tranquilidad de lo identificable y lo conocido.

Sé bien que, en realidad, en cada uno de estos sitios el valor de lo conocido es siempre relativo, pues, tras unos meses de ausencia, siempre hay algo que ha cambiado, bien sea un edificio que ha dejado de existir, una calle alterada, tiendas con mercancías que uno nunca había visto o siempre había asociado con otros lugares, viajeros como yo, que esa vez no han coincidido en el lugar y en el tiempo, o que son nuevos, o que ya no vienen, e incluso, de vez en cuando, notar los devastadores efectos de la muerte que, en mi ausencia, se ha llevado seres que formaban parte, en mucho o en poco, de mi mundo, recreado en cada sitio.

De tanto viajar solo y de ir de aquí para allá sin un hogar al que volver, uno lo construye a pedacitos a fuerza de hacer costumbres que se convierten en refugios calentitos en los que uno se reconoce. Mis gustos se han hecho importantes para mí hasta el punto de que el ritual que realizo cada vez y en cada sitio para dárme los ha ido componiendo, a través del tiempo, las paredes y los muebles de mi casa imaginaria.

De mis gustos puedo decir que prefiero las ciudades a los pueblos y lugares aislados en el campo, al contrario de lo que les pasa a otros muchos de mi especie. De las ciudades, tengo marcadas preferencias por los puertos, cuando los hay, y por los mercados, siempre. Otros se desviven por las estaciones -que a mí también me gustan, pero menos-, los aeropuertos, los parques, los puentes ribereños o los barrios de "mala nota" que, hay que reconocerlo, son de lo más calentito que conozco en cuanto a preferencias rituales de viajeros de mi especie. Gustos hay para hacer colección con ellos, pero yo, ya lo he dicho, les entregué mis preferencias a puertos, a veces, y mercados, siempre.

Lo ideal para mí, ya se entenderá, es la zona del mercado más cercano al puerto, e incluso cuando éste no existe, cosa que pasa a menudo porque me muevo más por el interior que por la costa, noto que tengo una cierta que-rencia por la zona de las pescaderías, seguro que porque los olores a pez, a sal y a agua, mezclados, los asocio a los de los puertos que he visitado.

Tengo mis preferidos, por supuesto, y en cada ciudad, después de visitar algunos o incluso sin ver ningún otro, pues encontré uno de mi gusto a la primera, anido cerca de él y después me muevo entre sus calles, sus tiendas, bares y tugurios cercanos, entrando y saliendo, y dejándome atrapar por su vida, sus movimientos y sus ruidos, de manera que, al cabo de un rato, me suena ya como una melodía conocida, que tarareo dentro de mi cabeza sintiendo como si siempre hubiera estado allí.

He conocido y hecho míos ya unos cuantos, algunos famosos y otros que nadie conoce fuera de sus barrios. Algunos siguen ahí y me sirven, y presiento que me servirán durante toda mi vida, como aliciente en mis lugares de paso. Otros los he visto desaparecer o, mejor dicho, han desaparecido en mi ausencia y me he encontrado con su vacío en uno de mis viajes. Casi no hay ciudad que no haya derribado alguno o los haya dedicado a otras cosas. Me acuerdo ahora de "Les Halles" en París, el del Borne en Barcelona, el de Portugalete en Valladolid, o los de Olavide y la Cebada en Madrid, aunque éste último se convirtió en otro más moderno, más feo seguramente, pero igual de animado y alegre.

También desapareció el de la Encarnación, en Sevilla, en cuyo solar no saben ahora que hacer, mientras tienen los puestos en una instalación provisional que lleva ya para veinte años. Pero de ese no puedo hablar mucho porque no lo conocía. En Sevilla siempre fuí para Triana. Su mercado estaba metido dentro de un antiguo castillo, San Jorge lo llaman, que estaba y está, pues el castillo sobrevive, pegado al río Guadalquivir y al pie del bien famoso puente de Triana, versión moderna de uno más antiguo de barcas, que el castillo tenía la misión de defender.

Tanto en él, como en los otros que he nombrado y los que no podré nombrar en este relato, el lugar de mis preferencias para acomodarme y adormilarme entre la gente, es el bar. Siempre hay uno o más de uno. De entre ellos, cuando son varios, hay que saber distinguir el fetén, el del mercado, lo que resulta realmente fácil si uno deambula pausadamente entre los puestos a la hora del café o, mejor aún, a la del aperitivo. Enseguida se ve pasar la bandeja con cañas de cerveza, chatos o copas de vino y tapas, que en algún que otro sitio llaman aperitivos. No hay más que seguir a su portador, que va dejando el encargo, a cada cual en su sitio, entre meros y lubinas, berzas y coliflores, manzanas y fresones, o junto a pechugas, chuletas, sesos, higaditos, especias, flores, aceitunas o cualquier tipo de lata de conserva.



Nada se interrumpe, compradores y vendedores continúan su diálogo. Es un suave deambular, mientras se deja una cosa ya pedida, a veces con un genérico “¡Traeme algo!”, y se recoge el plato y el vaso de otra que se dejó a la hora del café. En su viaje de vuelta, que no es más que cerrar el recorrido ritual ya marcado de antemano, el dueño del bar o su ayudante le llevan a uno al sitio mágico.

Hay quien prefiere hacer una pausa y acercarse al bar para hacer un ratito de tertulia, y es entonces cuando a mi me gusta estar cerca y picotear algo también, entre vendedores y clientes, junto a carniceros o pescaderos con sus delantales manchados, o al lado de amas de casa, algunas casi en bata y otras casi “de domingo”.

Allí, en Triana, el bar estaba cerca de la puerta que daba a la calle Castilla. Su tertulia era bulliciosa y animada al final de la mañana. Su cerveza fresca y sus tapas bien ricas. Siempre es así en los bares de los mercados. Parece como que entre gente que anda vendiendo comida, el que no vale para prepararla, no tenga sitio.

Del mismo modo que uno se encariña con los sitios, en cada uno de ellos el corazón inclina sus preferencias por alguna de las personas con las que se acostumbra a coincidir. Por supuesto, no todos los contertulios repiten todos los días, la venta, las mercancías, los clientes y otras necesidades, dictan su orden de las cosas, y me ha pasado a veces, llegar y volver a marcharme de una ciudad sin que durante esos días hiciese acto de presencia alguno de mis preferidos, con lo que me he sentido frustrado e incluso temeroso, pues no siempre vuelve uno a ver a alguno de los que faltó un día de repente.

En Triana tenía mis amigos, como en todos lados, pero había uno por el que tenía marcada predilección. Se llamaba Antonio y vendía caracoles. Así, para nosotros, yo le llamé siempre “Antonio el caracolero”, aunque no sé si eso congenia con las costumbres del lugar.

El se ponía junto a la puerta cercana al bar, con una mesita y dos grandes sacos o costales de malla amarilla repletos de caracolillos, que iba vendiendo a lo largo de la mañana, apenas sin una voz y casi sin un gesto. Ya se sabía que estaba allí, era su sitio, y el que quería se acercaba y se los compraba al entrar o al salir.

Había quien entraba por alguna de las otras dos puertas, la del puente o la que estaba enfrente del río, y luego salía por la suya, no se sabe muy bien si por no subir las empinadas escaleras por las que se bajaba desde la



41



42

calle al patio del castillo, o por echarle un saludo y, de cuando en cuando, comprarle. Eso da igual y nunca se sabrá, el caso es que Antonio vendía bien sus caracoles y era popular.

Claro que caracoles no hay siempre, sólo en primavera, más o menos entrada según el tiempo que haga, por lo que Antonio era un contertulio estacional.

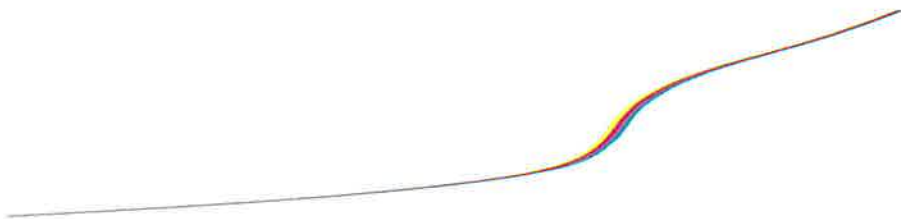
A mi me gustaba verle llegar con su bolsón, que Lorenzo, el del bar, preparaba para días sucesivos. Sé que a él también le gustaba verme, porque cuando estaba allí, me miraba y le veía sonreír. Nunca dijo nada, al contrario de otra gente que hacía comentarios o me dedicaba alguna frase.

Hace tiempo ya, hubo un día en que el tema de conversación de la tertulia fué el mercado. Se hablaba de quitarlo, se hablaba de visitas al día siguiente, de obras, de arreglos, de historia y de traslados. No me gustó nada y noté como la inquietud se adueñaba de mi cuerpo.

No pasaron dos días más sin que comprendiera que me estaba despidiendo de mi mercado. A él llegaron hombres con planos y otros que hacían de ayudantes, que miraban, tasaban, medían y fotografiaban todo desde todos los puntos de vista. Iban en grupo e incluso se tomaron unas cervezas en nuestro bar. Estuvieron simpáticos y sonrientes, charlaron un poco con todos, aunque no dieron respuestas muy claras sobre lo que iban a hacer o al menos yo no las entendí del todo. Dijeron y aseguraron que todo quedaría como estaba, pero arreglado. Alguien recordó lo que había ocurrido en la Encarnación. Ellos rieron y dijeron que no, que no iba a ser así.

Yo me marché al día siguiente y ya no he vuelto nunca. O mejor dicho, no he vuelto al mercado aunque sí al castillo. La primera vez fué en otoño y yo viajaba hacia el sur, apenas podía parar más que para un breve descanso. Me acerqué por el lado del puente y la visión, desde lo alto, del patio vacío de puestos, con unos obreros excavando en su suelo, me produjo escalofríos. Marché de la ciudad aún antes de lo que pensaba, asustado y carente de sitio para mi estancia.

Volví de nuevo en primavera. Viajaba hacia el norte. Los obreros habían dejado de trabajar y en la zona cercana al muro del río quedaban unas zanjás y fosos de los que afloraban muros de ladrillo, rectos o en ángulo, haciendo lo que a mi me parecieron formas caprichosas. Después he oído que se llaman "restos arqueológicos". En la parte no excavada, crecían hierbas que daban al recinto un tono verde y bucólico que antes no tenía. No me hizo gracia. Me pareció abandonado. Con el corazón intranquilo,



43

pensé en buscarme un nuevo barrio y un nuevo mercado para amenizar e intimar mis estancias en Sevilla. Me pregunté dónde habrían ido todos. Supuse que se habrían desperdigado por el barrio o aguantaban con la promesa de un nuevo mercado. Oí que estaban haciendo uno nuevo en la parte alta de la calle San Jacinto. Empecé a buscar y dudé de si Antonio no andaría tan errático como yo me sentía. Era primavera y él no tenía puesto fijo, podía ir adonde quisiera, siempre que hubiera hueco en una puerta, junto a otros caracoleros.

Mi vista planeó sobre la ciudad como si fuera un mapa. Pensé primero en El Arenal, al otro lado del río y cerquita de Triana. El mercado es casi moderno, tiene soportales y oficinas alrededor y un aparcamiento debajo. El bar era un buen bar, que estaba en una esquina y tenía un espacio con mesitas junto a él (he sabido que hace poco ha habido obras y lo han cambiado de lugar). La tertulia no era mala, pero yo me sentía desasosegado y me desanimaban las galerías que sobraban y permanecían vacías y también un poco el espacio tan cerrado por bóvedas de hormigón, que contrastaba enormemente con el espacio abierto de Triana.

Volví a él las siguientes visitas a Sevilla, pero durante una de ellas opté por acercarme a otros sitios y probar. Escogí la Encarnación, del que tantas veces había oído hablar. No duré nada allí y me volví al Arenal.

El de la Encarnación es un mercado que se hizo hace veinte años, en un rincón de la plaza del mismo nombre, mientras se reconstruía el que se había derribado en el centro de ella. Es una pena, pero sus tejados sin luz lo hacen oscuro y se tiene que contentar con una sola puerta. Le falta sitio, casi tanto como el que le sobra a El Arenal, y sus bares son los de fuera, que lo mismo son de la calle que del mercado y, aunque no están mal, no tienen el mismo significado para mí.

Más adelante decidí probar en el de Feria, del que había oído hablar en varias ocasiones. Me atrajo desde la primera vez que lo ví. Está enclavado en un barrio bullicioso y alegre, junto a la parroquia de "Omnium Sanctorum", cuya torre mudéjar parece presidir también el mercado.

Este está compuesto por cuatro pabellones, que se unen, dos a dos, mediante un lucernario de cristal que convierte la callecilla que los separa en una galería más del mercado. Los dos grupos están separados por un espacio, presidido por la torre mudéjar de la iglesia vecina, y forman en su conjunto un gran rectángulo, en el que todas las calles exteriores, salvo la de la fachada principal, que es la calle Feria, están



acondicionadas exclusivamente para los peatones.

Su interior está organizado metódicamente, vendiéndose las verduras y frutas en la parte central de los tres pabellones más pequeños; la carne, chacinas, conservas, ultramarinos y demás, en los puestos de borde de cada uno de ellos, y el pescado en la parte interior del más grande.

En este último sobre todo, los puestos son muy bonitos, con mármoles y azulejos que acostumbran a estar limpios y relucientes, sobre los cuales está instalado un entramado de hierro del que penden las básculas y las lámparas que iluminan cada uno de los puestos. El tejado está sustentado por otro entramado de hierro, muy ligero, que no agobia nada el interior.

A mi me gusta especialmente que los puestos del perímetro de los pabellones tengan también venta a la calle a través de una ventana con un arco circular, bajo el cual pone, con letras pintadas en baldosines, el tipo de tienda que es. Todos los arcos y todas las letras son iguales y el conjunto es muy atractivo. Además, sobre estas ventanas se extiende una pérgola metálica, cubierta con cristales, que resulta muy útil y bonita.

Enseguida que lo vi me gustó. Tenía la desventaja de no estar junto al río, que, aunque en la parte que pasa junto a Triana no tiene la misma actividad de antaño, no deja de ser un puerto y me servía magníficamente como referencia para localizar mi refugio en la ciudad. Pero pronto empecé a reconocer la torre y con ella la iglesia, distinguiéndolas ambas del resto de las muy numerosas que existen en Sevilla, y utilizándolas como primera referencia para aproximarme al mercado.

No he dicho todavía que el bar, “cantina” se llama allí, está situado al fondo de la calle que separa los pabellones, al pie de la torre de la iglesia y ocupando un rincón entre el pabellón más grande y un muro de la misma, que acoge las arquerías del antiguo claustro.

Hay otro bar en el otro extremo de la calle, dentro de las casas que dan fachada al mercado. Se llama “Los Manolos” y seguro que se está muy bien en él, pero yo prefiero la cantina, donde la tertulia se hace al aire libre, como en Triana, con buena sombra en verano y a resguardo en invierno, y donde, de vez en cuando, llega un curioso olor a incienso que se mezcla con los de los pescados, verduras, frituras y guisos, formando uno nuevo, que no me sería posible describir, pero que constituye para mi una de las peculiaridades inseparables de su ambiente.

La primera vez que escogí el de Feria para mi estancia en Sevilla era final de verano, ya casi llegado el otoño, yo viajaba hacia el sur, y usé to-



45



46

do mi tiempo en aprehender su arquitectura, sus espacios, sus puestos, sus luces, los sonidos y las voces, la gente, el ambiente, su ritmo... todo me parecía nuevo e igual que lo anterior, lo que tantas veces había vivido en Triana. Me sentí, me acuerdo muy bien, como un recién llegado, con la carga de ilusión y expectación que eso conlleva. También me sentí solitario y, por ende, nostálgico de mis amigos, aunque en mi fuero interno sabía que pronto los haría nuevos.

Cuando volví de nuevo, ya era primavera entrada en Sevilla. Yo viajaba hacia el norte y tenía ganas de confirmar mi nuevo fragmento de hogar dentro de mi mundo desperdigado. Llegué de noche y por la mañana, apenas abierto el mercado, cuando ya había contemplado unas cuantas horas de actividad y descansaba un rato en la cantina, me llegó un inconfundible olor a guiso de caracoles. Me puse nervioso, sin llegar a entender entonces por qué, aunque más tarde, volviendo la vista atrás, los motivos resultaban evidentes. Así estuve toda la mañana, con ganas de marcharme y de quedarme, de moverme y de estar quieto, y sin conseguir hacer ninguna de estas cosas.

Ya cerca de la una, yo notaba la tertulia bien formada. Aún no la conocía y no sabía de su ritmo y su intensidad, pero allí había unos cuantos contertulios a los que yo me aprestaba a ir conociendo poco a poco.

En algún momento giré la cabeza y miré hacia la cancela que separa aquel rincón del resto del mercado. Como si lo hubiera intuitido, como si fuera una idea mía, por allí apareció, en ese momento, Antonio, con su saquito de caracoles, que habían de formar parte de las tapas de los próximos días, con su sonrisa, con su presencia y con lo que representaba de compañía en mi deambular a la búsqueda de un nuevo lugar donde anidar en Sevilla.

El me vio también inmediatamente. Siguió con sus cosas, pero se sonrió y su mirada hacia mí fue más larga que en otras ocasiones. A mi me pareció que algo estaba bien, que algo acababa de cuadrar y que también él estaba sintiendo algo parecido. Me apeteció charlar, me apeteció contarle, describirle poco a poco todo este relato. Pero no pude, no nos dijimos nada. Fue una pena, pero era lógico, él es una persona, yo soy un pájaro.



47



48

MERCADOS DE SEVILLA

Desde fechas muy remotas, los mercados juegan un papel muy importante en el abastecimiento alimentario de Sevilla, con un censo de establecimientos que ha ido aumentando en paralelo al crecimiento de la ciudad.

Inicialmente, Sevilla contaba con cinco mercados, aún existentes y con gran raigambre entre la población. Entre estos, se encuentran el antiguo Mercado del Postigo, que trasladó sus instalaciones a otras más acordes con los nuevos tiempos, y con mayor capacidad, que actualmente se llama Mercado del Arenal; el de Feria; el de Puerta de la Carne, construido en 1929; el de la Encarnación, del tiempo de la ocupación francesa, construido sobre el antiguo convento de las Agustinas, si bien actualmente sus comerciantes se encuentran distribuidos en unas instalaciones provisionales repartidas entre en el Mercado denominado de Bellavista; Las Palmeritas y otro situado en la misma Plaza de la Encarnación; y, finalmente, el Mercado de Triana, ubicado en el denominado Castillo de San Jorge a la orilla del río Guadalquivir, aunque en estos momentos sus comerciantes también se encuentran en unas instalaciones provisionales hasta que se lleven a cabo las obras de acondicionamiento proyectadas.

Además de estos cinco mercados históricos, existen otros quince más, siendo el más reciente el de Pino Montano inaugurado en 1987, consecuencia del crecimiento de la ciudad por esa zona.

En cuanto a su gestión, doce son gestionados directamente por el Ayuntamiento, y el resto se encuentran

en régimen de concesión administrativa, siendo muchas veces concesionaria la misma Cooperativa de Comerciantes, aunque siempre bajo el control municipal.

Por otro lado, en cuanto a la capacidad de cada mercado, hay bastante diferencia de unos a otros y, así, frente a mercados como El Arenal, con una superficie de 3.200 m² y 129 puestos; Triana, con 2.000 m² y 113 puestos; o el de Feria, con 2.500 m² y 113 puestos; encontramos otros como el Porvenir con 150 m² y 21 puestos o Heliópolis con 700 m² y 28 puestos.

Por último, en cuanto a la actividad comercial, hoy en día los mercados de Sevilla ofrecen la más variada gama de productos, no ciñéndose exclusivamente a artículos perecederos, como una forma de atraer más clientela, y así hacer frente a las grandes superficies comerciales.

No obstante, no todos los Mercados tienen el mismo ritmo comercial y, así, frente a mercados que han acusado gravemente la aparición de las grandes superficies, como puede ser el del Parque Alcosa o la Barzola, encontramos que la mayoría tienen una actividad bastante importante, destacando Triana, Las Palmeritas, La Candelaria, etc...

En definitiva, podemos decir que los Mercados en Sevilla, acaparan gran parte de la población, aunque, sin embargo, es inaplazable la necesidad de ir reformándolos y acondicionándolos a los nuevos tiempos, como lo demuestran los dos importantes proyectos ahora en marcha para la reconstrucción del Mercado de la Encarnación y la reforma del Mercado de Triana.





49

MAÑANA DE MERCADO

ÍNIGO DE ARANZADI

Está bien, voy para allá. No. Sí, claro que sí, te acompañaré al mercado. Por supuesto que lo hago muy a gusto. Bien. Sí.... Que sí. Otro para ti. Hasta luego, Filo.

Colgó. Salió de la cabina telefónica. Miró hacia el mar y se le quedó prendida en los ojos la mañana de mayo. El castillo de Santa Bárbara a su espalda y la playa del Postiguet a su frente, el aire alicantino sobrevolaba nítido sus transparencias por encima del puerto y acercaba la isla de Tabarca casi hasta la arena pisada por multitudes de gentes ávidas de sol.

Los ancianos (japoneses, ingleses, alemanes, franceses, italianos y, por supuesto, españoles de la “tercera edad”) lo invadían todo. Unos jugaban a la petanca, otros al badminton, otros a un minitenis con paleta de ping-pong y, dentro de un cerco casi circular construido con piedras de la playa por los mismos usuarios, asiduos sesentones en bañador y algunos en camiseta, barajaban, repartían, recogían cautelosamente y contemplaban impávidos y a escondidas unas sobadas cartas francesas.

A la izquierda estaba su casa frente a la estación del “trenet” del ferrocarril de vía estrecha que recorría la costa unas veces hasta Benidorm y otras hasta Denia, dependía de los días. Separaba la casa de la estación la carretera a la Albufereta y a San Juan.

Dentro de la estación, jóvenes en pantalón corto, mochila al hombro y pendiente a la oreja izquierda, esperaban la llegada del tren con los billetes en los labios, junto a muchachas en escasa minifalda, piernas bonitas y talle adolescente.

En la casa, desde una terraza de la octava planta, Filo miraba hacia el mar. Hacia allí se dirigió, a paso pausado, tranquilo.

– Ya está Filo esperando, se dijo el hombre. Y continuó por la acera de la estación esperando la ocasión de atravesar la carretera cuando el tráfico automovilístico se lo permitiera.

– La verdad es que está joven, se decía pensando casi en voz alta. Y hoy, como cada martes, la acompañaré a la ciudad; iremos al Mercado andando pausadamente, sin ninguna prisa.

Filo era la mujer mejor dotada para la cocina que había pasado por Chile primero y luego por México. Había huido a Francia, cuando la guerra civil, con Matías, un ex-jugador del Real Unión de Irún de los primeros tiempos campeones, después comandante del ejército de la Repúbli-

ca, del que se enamoró perdidamente. Educada en una familia acomodada del Irún de los primeros años del siglo, había estudiado piano, varios idiomas, leyó cien libros al año y había aprendido a bordar y a cocinar. De todo ello, cuando vino la guerra y tocó a exiliarse, le valieron en principio los idiomas. Pero cuando llegaron, Matías y ella, a Santiago de Chile, donde se casaron, pusieron un restaurante modesto en el que se comía tan exquisitamente, que pronto se puso de moda. A poco, lo remodelaron, ampliaron, decoraron, y no había santiaguino que se preciara de tal que no fuera a comer un bacalao al pil pil al comedor de Filo que Matías bautizara con el nombre de Pimpilimpauxia, que significa mariposa. Todavía se recuerda en Santiago el lugar donde mejor se comió en la ciudad andina en los años cincuenta.

Vendieron el restaurante y decidieron ir a México, donde montaron un romántico parador cerca de Michoacán, en las orillas de la Balsa de Arteaga, al oeste de Sierra Madre del Sur, a unos pocos kilómetros de Playa Azul y a un extremo de la Bahía de Petacalco. El servicio del albergue gustó por la amabilidad y el trato dados pero, como siempre, la cocina de Filo cautivó, la notoriedad se desparramó por el país y caravanas enteras de españoles bienacomodados, de mexicanos y de extranjeros iban a pasar sus fines de semana al ya famoso “Hotel de Filo” en Michoacán.

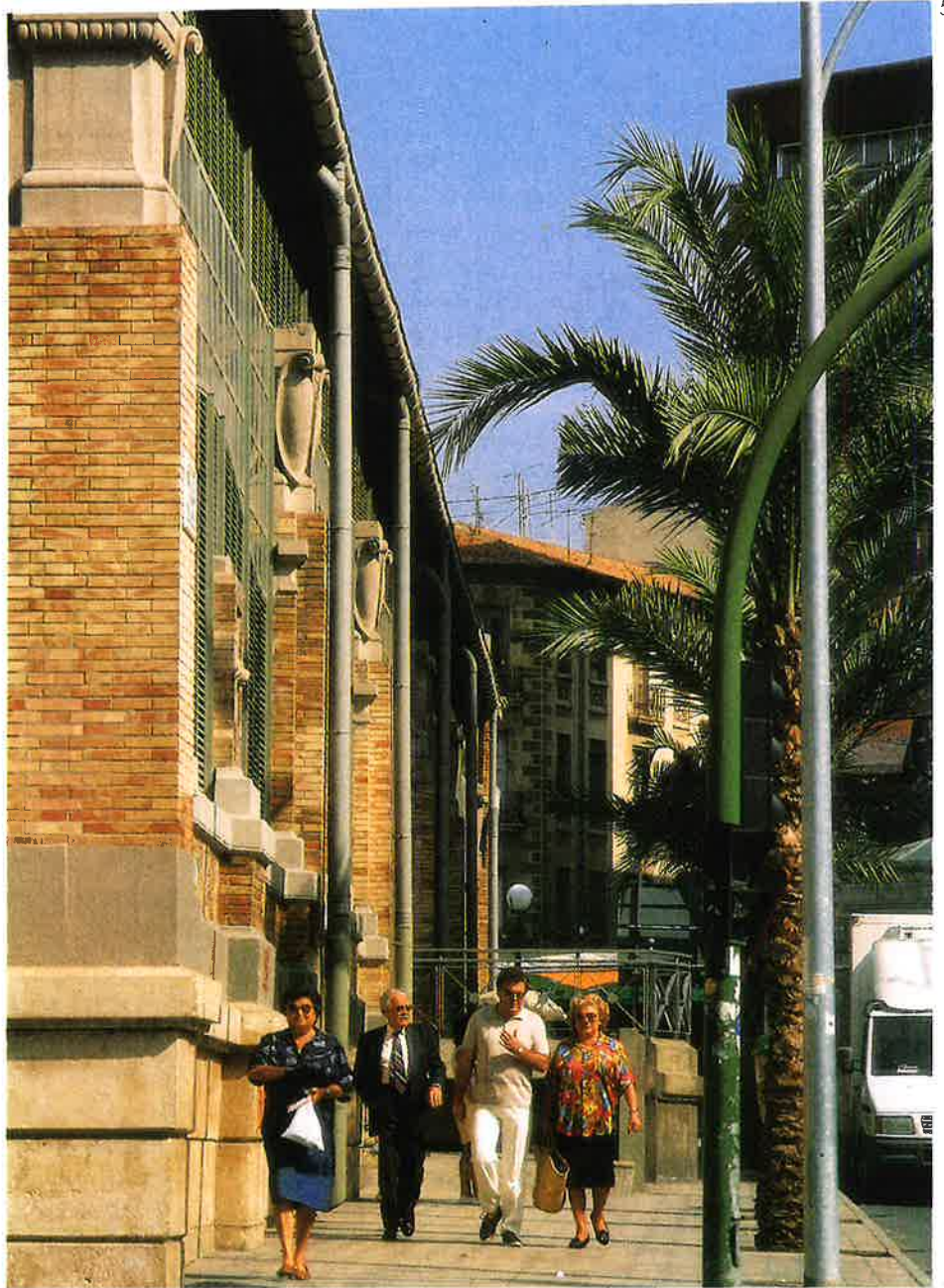
El hombre subió a la octava planta del edificio La Marina a buscar a Filo. Alegre y risueña, como siempre, tranquila y apacible, como era su talante, optimista y jovial, nadie pensaba, al verla, que rondaba los noventa años.

– Hola, hoy te has retrasado. Habrás estado mirando las piernas de las turistas, pícaro. Yo en eso ya no te puedo dar indicaciones, voy perdiendo la vista a ojos no vistos, decía sonriéndose.

Se colgó de su brazo y caminaron hasta los ascensores por la galería exterior. Bajaron a la calle y se dispusieron a dar, despacio, despacio, sin presura, el largo paseo que les separaba del Mercado.

– Hoy te voy a dar de comer cocochas, invitó Filo; Amelia, la pescadera del Mercado, me dijo que hoy me las guardaría; como no es plato del país, lo pide muy poca gente. Y me tendrá preparada la mejor morralla para hacerte un espléndido arroz a banda, que eso sí que es comida del país y, además, te entusiasma.

El camino del Mercado era una delicia de recuerdos, sugerencias, anécdotas y ocurrencias desgranadas una tras otra en un torrente alegre,



vivo y radiante de palabras confiadas.

– La primera vez que me acompañaste, hace ya un montón de años, te dije que el Mercado era el pulso de la Ciudad. Para conocer una población no puedes dejar de ver el edificio, su mercancía, sus vendedores. Y también sus compradores. Y escuchar a todos. Cada puesto de venta tiene su carácter y a la vez su rito. Todo ello forma parte de la idiosincrasia local.

– ¿Algo así como una estructura sociológica?

– Y económica. Evidentemente, el Mercado es un estrato importante de la Ciudad, todo el mundo pasa por él. Y el que no lo conoce no conoce del todo a la sociedad con la que convive.

– Al Mercado solamente van las amas de casa, apuntó el hombre displicentemente, –los intendentes de colegios y conventos y algún ratero que va tras los bolsos de las señoras más cándidas.

– No, hijo, van las amas de casa, claro, pero cada vez más los maridos. Y hoy, que los matrimonios jóvenes se reparten las tareas de la casa, ves a muchísimo muchacho seleccionando puesto donde comprar y, una vez determinado éste, escogiendo el artículo. Que elegir es circunstancia que te ofrece el Mercado como ningún otro modo de comercio; es una merced o recompensa y, por algo, merced y mercado son palabras que derivan de mercancía, y ésta no es otra cosa que el producto que se viene a ofrecer, a exponer, a “mercadear” a las lonjas y plazas que fueron objeto primero de las mercedes de los Reyes al privilegiar a una ciudad en las exenciones a sus ferias y mercados. Y además de lo bueno que es para nosotros decidirnos por una mercancía, es bueno también elegir el precio. Te aseguro que mi norma de conducta al llegar a una localidad por primera vez, ha sido visitar su mercado de abastos y su lonja; ese es mi modo de entrar en contacto, piel a piel, con el conglomerado social con el que me voy a relacionar.

El hombre asentía con admirada ternura. La charla amena, atractiva, culta, de la anciana, acortaba distancias, a ambos se les antojaba breve la caminata y sin darse cuenta estaban ya en el otro extremo de la playa del Postiguet, en la parte más cercana de la Explanada.

Habían llegado al “Punto de Encuentro 2” y el andén del Paseo Marítimo era un hervidero de gentes caminando muy despacio, arrastrando los pies a veces desnudos, era un bullir de tenderetes de emigrantes africanos que ofrecía toda suerte de objetos a trescientas pesetas. Junto a relojes de



51



52

buceo, había plumas estilográficas, cinturones de cuero marroquí, gafas, pendientes, pulseras, juegos de herramientas, hachas, juguetes infantiles y cajas de música.

Las terrazas de los cafés y bares del Paseo, a pesar de la temprana hora, estaban casi llenas, el kiosco de prensa empezaba a estar apretadamente solicitado, la central telefónica de la playa, que abría en primavera y no cerraba hasta después de septiembre, ocupaba a esta hora todas sus cabinas, y la playa contigua estaba atestada, a todo lo ancho del Paseo hasta el borde del mar, de hombres, mujeres y niños, sobre todo de mujeres y niños corriendo, moviéndose, gritando, dispuestos a amortizar la estancia en la ciudad alicantina todo el tiempo de la vacación estipulada. El sol brillaba a todo lo largo de la orilla, a golpes de luz hendida por las siluetas de los bañistas adentrándose en el agua.

Filo y su acompañante cruzaron la Explanada hasta la calle Mayor para desembocar en la Rambla de Méndez Núñez. Era su camino de siempre, siempre hecho despacio, muy de quedo, muy saboreando la mañana, el sol y la palabra. En cuanto llegaron a Mayor, tomaron por la acera con sombra de los números pares. Al pasar por la fachada trasera del Ayuntamiento, un paisano se acercó:

– Buenos días, doña Filo, saludó cordialmente.

– Hola, buenos días, contestó ella sonriente. Siguió su camino y preguntó a su acompañante: –¿Sabes quién es?–

– Si, creo que es un policía municipal que hace versos. Lo he visto alguna vez en tu casa con su mujer y una hija un poco bizca.

– ¡Ah, ya sé quién es! Ahora reconozco su voz. Siempre, al llegar a esta zona del Ayuntamiento, que tanto me recuerda a Antigua, encuentro a alguien conocido.

En ese momento saludaron desde la acera de enfrente:

– Buenos días, Doña Filo. Está usted guapísima. No pasan los años....

Después de responder afablemente, comentó: –Esta vez no sé quiénes son. Algunas personas, hace tanto tiempo que no las veo, que he olvidado su timbre de voz y por más esfuerzos que hago por reconocerlas no lo consigo.

– Eso te pasa porque no eres ciega, simplemente ves muy poco. Si no vieras nada, habrías educado más tu oído. Por contra, tienes un olfato de perro pachón.



– Eso sí que es cierto, respondió complacida la mujer. Si yo fuera hombre, sabría cuándo la mujer está en celo, bromeaba riéndose con picardía.

– De todas formas, Filo, te habrá servido tu olfato para controlar a Matías.

– No. En ese punto, el olfato no servía para nada. El era quien llevaba el control. Cuando sentía el amor, lo transcendía.

– ¿Y cómo?

Hizo una pausa. Entornó los ojos y sonrió ladeando la cabeza. Y en voz muy baja:

– Tenía unas manos prodigiosas, decía la anciana con ensoñación.

Casi se deslizaba por el brillante enlosado de la calzada de la zona peatonal, habían pasado por la concatedral de San Nicolás y llegaban a la Rambla, avenida construída para las procesiones y los desfiles. Los coches y los autocares anegaron la arteria urbana, con sus motores, de semáforo en semáforo. Filo no pudo evitar estrechar apretadamente el brazo de su joven amigo buscando protección ante el estruendo civilizado de una calle en ebullición tras la calma y el casi silencio de las estrechas rúas sin tránsito rodado.

– De aquí al Mercado sólo hay un trecho de autobús. Si te apetece, lo tomamos hasta la esquina de Alfonso Décimo, justo junto a donde vamos. ¿Te parece?.

– Sí, contestó Filo. La Rambla, hacia allá, es cuesta arriba y me fatiga. Me parece muy buena tu idea.

– Pues la parada la tenemos aquí mismo. Vamos a esperar, te puedes sentar.

Esperaron poco. Enseguida llegó el autobús blanco, el número 2 que pasa por la casa y la estación del “trenet” cada cuarto de hora. Filo subió, ayudada por su acompañante. Se quedaron de pie, junto al conductor. Un muchacho muy joven, casi un adolescente, ofreció el asiento a la señora.

– Oh, muchas gracias, joven, pero nos bajamos enseguida.

Estaba todavía contestando al muchacho cuando el autobús viró hacia la Avenida de Alfonso Décimo y paró a pocos metros del Mercado de Abastos.

– Ya estamos, dijo alegremente Filo. Ayúdame a bajar, dame la mano y no te me sueltes, decía con una amplia sonrisa. No. No me lleves por la puerta principal. Vamos hacia la lateral de la calle de Calderón de la Barca, que tiene menos escaleras.



54



55

Al entrar, Filo dijo aspirando profundamente: –me gusta el olor a mercado. Aquí todo está fresco; o acaba de ser sacrificado o arrancado de la tierra o pescado del mar vecino. Todo es reciente, y se trae para ser vendido en el día; todo es, como dicen los economistas, mercancía perecedera. Lo que hay, es para hoy, filosofaba. Excepto los congelados, añadía. Y las conservas, reía.

– Y las botellas de vino y aceite. Que también las hay, o las debe haber, bromeó él.

Cerca del puesto de pescado de Amelia, de quien Filo era cliente habitual, había un movimiento inusitado, voces que se alzaban unas sobre otras, un hombre que gritaba su indignación contra algo que le encozoraba, contra alguien a quien insultaba, a quien, las personas que estaban a su alrededor, trataban de calmar. Por encima del corro de curiosos, sobresalía la gorra de un policía municipal al que varias personas se dirigían, protestaban y hablaban a la vez. No había manera de atravesar aquel pasillo.

– Pero, ¿qué pasa?, ¿qué es toda esa barahúnda?, preguntaba Filo, y nadie contestaba. –Anda, vete a preguntar, te espero aquí, le dijo a su acompañante.

– Nada de eso. Esto es un desbarajuste y tú no te quedas sola. Vente conmigo. Me parece que algo ha ocurrido en el puesto de Amelia. Vamos a dar la vuelta por el otro corredor, ven. Y se fueron juntos mientras continuaba el desorden.

Aquella parte del Mercado olía a pescado, a marisco reciente. El edificio, reformado hacía poco, era como un ágora chispeante que transmitía las voces vívidamente lanzándolas en una suerte acústica propia de un auditorio musical de modo que los diálogos, los susurros, y mucho más los gritos, recorrían pasillos, paredes, puestos, techos y vanos y salían por las puertas a diluirse en las tres calles lindantes y en la plazoleta o mercadillo interior de flores y plantas. Sólo el olor permanecía flotando, casi estático, aquietado, para reponerse con el acopio cotidiano de mercancía renovada.

En el puesto de Amelia, estaba su hijo:

– Buenos días, doña Filo, que han robado a mi madre. Ha sido en un momento en que ha dejado solo el puesto. Parece ser que saben quién fue. Alguien ha visto rondar al “Pimpollo”.

– ¿Y quién es ese “Pimpollo”?



56

– Un ratero que nos frecuenta. Sólo hay dos sitios en donde se le pueda encontrar, en el Mercado o en el calabozo de Comisaría.

– ¿En dónde está tu madre?, se interesaron.

– Ahí, en ese grupo, dando explicaciones al guardia. Ahora vendrá.

– ¿Le han robado mucho?, preguntaron.

– Lo que tenía más cerca del mostrador; varios paquetes de encargo que había preparado.

– ¡Estará buena!, exclamó la anciana.

– Con lo que es ella, me dirá usted; tiene una corajina que tiembla el misterio.

– Bueno, pues mientras se le pasa, dijo el acompañante de Filo, podemos hacer la compra dentro del recinto. Luego volvemos a ver a tu madre, antes de regresar a casa. ¿Te parece, Filo?

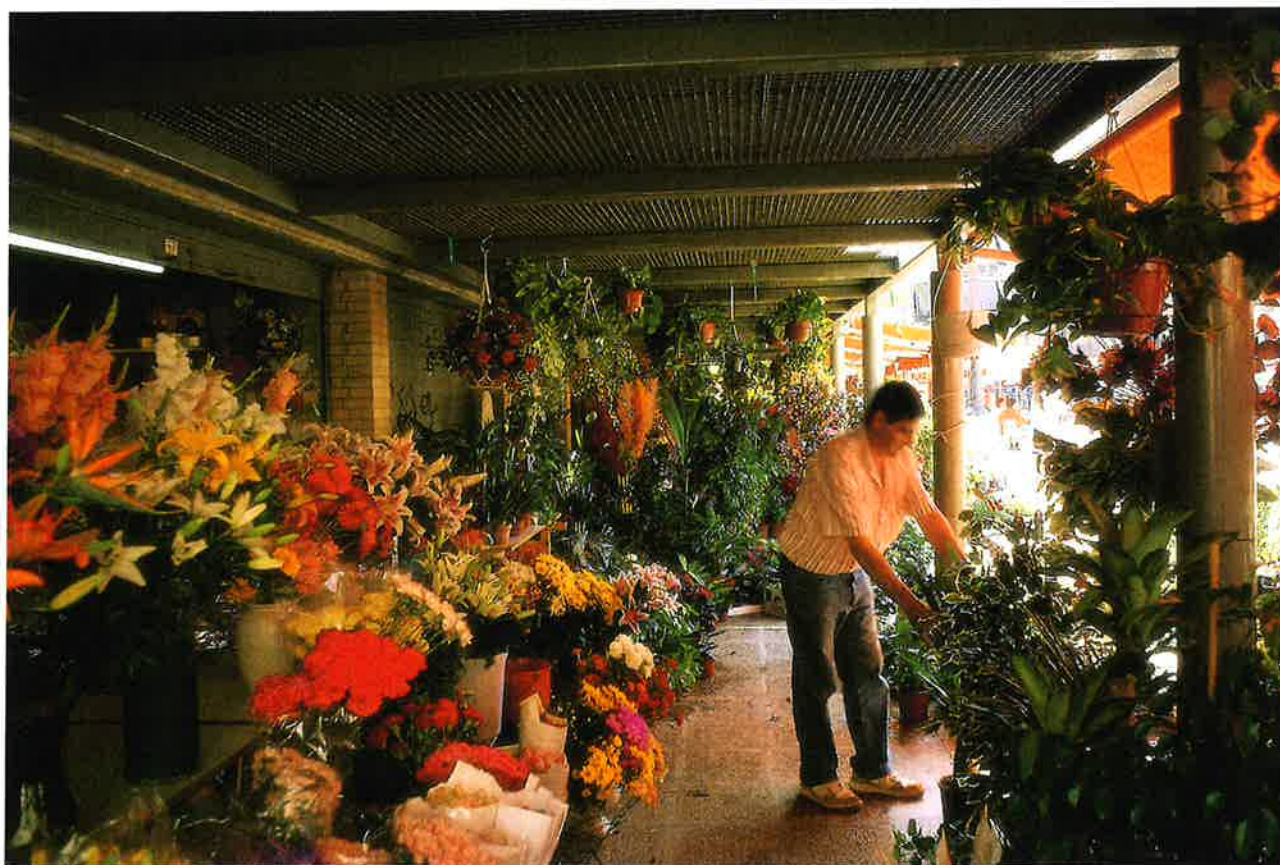
– Me parece.

Se despidieron hasta luego del hijo de Amelia y se fueron los dos pasito a paso, parando aquí, preguntando un poco más allá, deteniéndose a curiosear, cotejando precios, comparando calidades y tamaños, comentando con el dueño del puesto y escuchando su opinión sobre los productos que él, o ella, vendían, primero en la planta de arriba, luego en la baja, más tarde en la de congelados para, finalmente, dedicar un buen rato a las flores, matas y arbustos, y contemplar los crotos, las acalifas, las aralias y alegrías, las azaleas ya florecidas, las violetas africanas, los ficus, los potos y los hibiscus, o sea, lo que era la pasión de Filo y de sus vecinas más íntimas, que en ello encontraban afinidades y rivalidad.

A la vuelta de la compra llegaron sin dificultad, a pesar de los numerosos bolsos que llevaban en las manos, hasta el puesto de Amelia, y pasaron por el lugar en el que el grupo de curiosos y de gente que protestara alrededor del guardia municipal ya se había dispersado.

– ¡Ay, doña Filo!, se lamentó Amelia, al verla llegar. –No sabe usted que disgusto más grande. Ese hermanastro de Satanás, hijo de zorra, sinvergüenza, hijo de perra.... Y no quiero seguir por respeto a usted, doña Filo. ¡Ay, que lástima más grande!, tanto tiempo preparando con todo el cariño las cocochas, sacando las barbadillas de la cabeza de cada merluza, para que ese hijo de puta se las lleve...¡Ay, doña Filo!, ya me perdonará usted, pero estoy de un cabreo que me cisco en todo lo barrido.....

–Cálmese, Amelia, le sosegó la nonagenaria. –Todas las cocochas del mundo juntas no compensan que se soliviente de esa manera. Déjelo,



57

Amelia, déjelo, no se preocupe, ocasiones habrá como granos de arena en el Postiguet.

– Eso sí que es verdad, doña Filo, “habrán” ocasiones, que sí; y un chulo como ese “Pimpollo” no merece que nadie pene por sus ladronerías, decía la pescadera con la voz más tranquila. –Y, de todas maneras, tengo una morralla divina para el caldero del arroz a banda que quería hacer usted. Y eso no se lo ha llevado el granuja ese. ¿Le hace a usted, doña Filo?

– Por supuesto, Amelia. Supongo que habrá escogido lo mejor de todas las morrallas que se han pescado esta noche, sonrió Filo con alegría no contenida.

– Sí, señora, lo mejor, lo más sabroso y lo más sustancioso, mire.

Y mientras iba separando pieza a pieza, las iba nombrando con verdadero deleite:

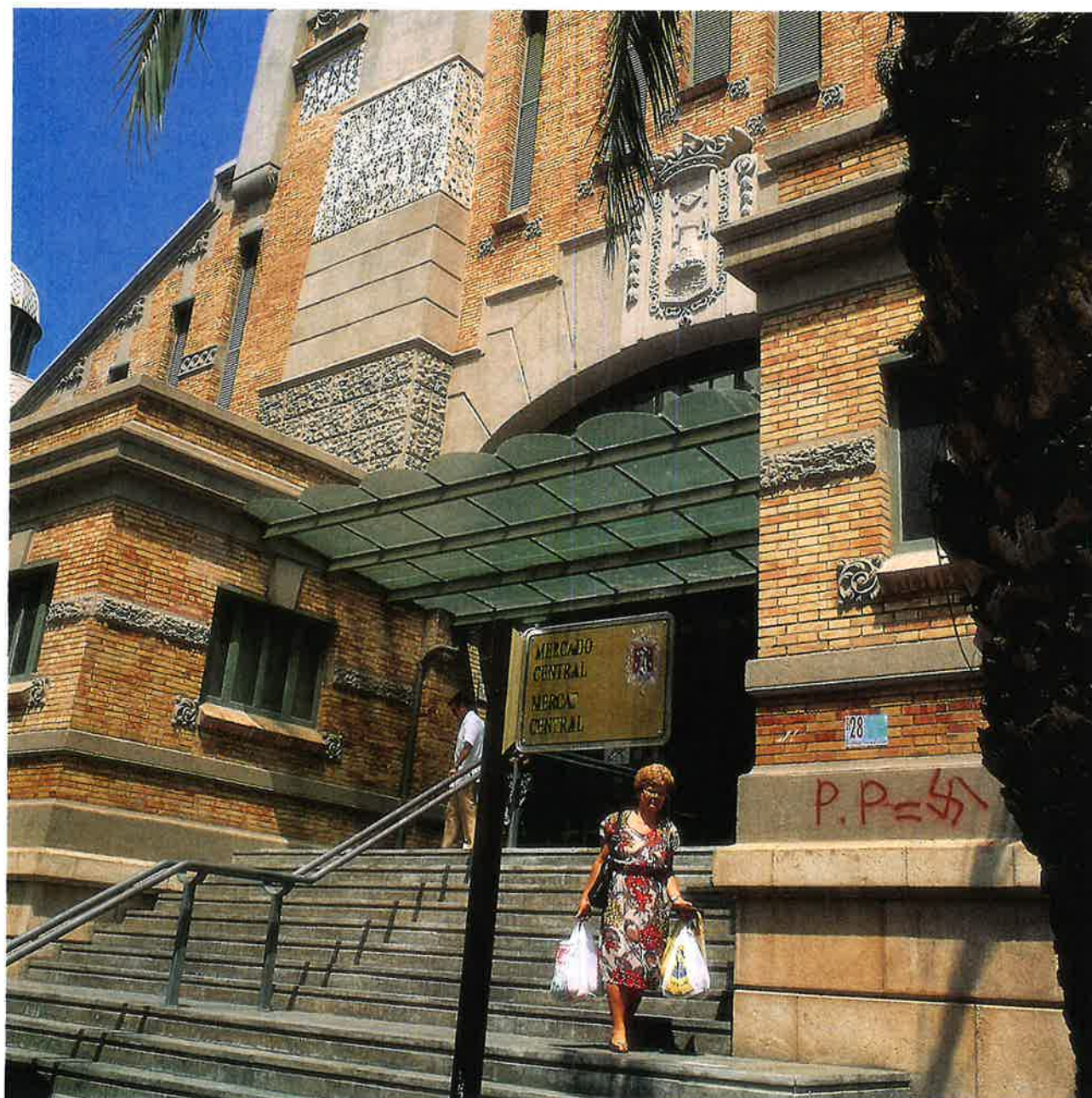
– Mire, mire, doña Filo, una araña, un mujol, un par de gallinas, algunos cabotes, y cintas, y varias cabezas de rape, que eso sí que deja sustancia al caldero; también algunos cangrejos, y hasta algunos salmonetes muy pequeños. Y con el pedazo de cocinera que es usted, le va a salir un arroz a banda para chuparse los dedos.

La jábega de Amelia navegaba ya por un mar con calma chicha. Concentrada en su cortar y arreglar pescado, preparó para doña Filo un par de crancas peludas de las que habían aparecido en el arte de pesca de su marido a última hora de la madrugada. Doña Filo exclamó su alegría con la naturalidad que le era habitual y dio noticia a su acompañante de las características del crustáceo, de sus diferencias con los centollos y de su sabor más intenso a mar.

– Me quedé sin cocochas; tanto pensar en ellas toda la semana para que se las lleve un indocumentado que ni siquiera sabe qué son y muchísimo menos cómo se cocinan, se lamentaba Filo al salir del Mercado.

– No te puedes quejar, mujer. Ha sido una mañana espléndida y completa. Hemos paseado, hablado de todo lo divino y humano y además al sol, hemos asistido al increíble espectáculo de ver enfadada a Amelia y, por añadidura, de las dos cosas que habías encargado, te han dado una y, otra que no esperabas, como las crancas, la has tenido a cambio de las cocochas. No te puedes quejar.

– Verdaderamente, contestó ella. – Tienes razón, otro día tendremos las cocochas. Y ahora, con lo cargados que vamos, sobre todo tú, con la



compra de toda la semana a cuestras, ¿cómo vamos a hacer?

– Vamos a tomar el autobús blanco. Y si tarda mucho, te invito a taxi.

Cuando llegaban a la parada, en ese momento preciso, el bus arrancaba. El hombre echó a correr para avisar al conductor, pero iba demasiado cargado y no le dio tiempo a llegar a verlo. Volvió jadeando hasta la anciana:

– ¡Ea, Filo!, a buscar un taxi, dijo sofocado.

Mientras regresaban en el vehículo, un Talbot Horizon de gasoil, con más de cuatrocientos mil kilómetros según les explicó el conductor previamente, no cesaron de hablar los tres, tripulante y pasajeros, del Mercado, de la delincuencia, de la política, del turismo, para llegar a un tema en el que no pudieron pasar de la superficie, la gastronomía, porque estaban llegando al Edificio La Marina.

Allá arriba, en la terraza de la planta octava, frente a una mar poblada de velas blancas y de colores y de alguno que otro buque carguero comenzando su singladura desde el puerto hacia el horizonte, mientras dirigían la vista por encima de la estación del ferrocarril de vía estrecha, de la que salía un pintoresco trenecillo a las horas y cuarto y llegaba a las horas redondas, hasta la superficie azul que lanzaba en destellos cegadores el resplandor de mediodía, Filo y su acompañante daban buena cuenta de un arroz a banda delicioso y de unas crancas exquisitamente preparadas sobre las que vertían la anécdota divertida, la peripecia y el recuerdo inmediato de una mediterránea mañana de mercado.



59



60



61

MERCADO CENTRAL MINORISTA DE ALICANTE

EL PULSO DE LA CIUDAD

Los mercados siempre han jugado, tradicionalmente, como foco de atención central en todas las ciudades del mundo, pero en pocos casos como en Alicante, el mercado sigue siendo ahora, en los últimos años del siglo XX, uno de los edificios mas representativos de la ciudad.

Con 11.500 metros cuadrados de superficie, el Mercado Central Minorista de Alicante fue construido en 1921, y su ubicación en la Avenida Alfonso X El Sabio le convirtió, desde el primer momento, en un símbolo emblemático de la ciudad.

Setenta años despues de su apertura, en la primavera de 1991, el Mercado volvió a inaugurarse, tras una profunda remodelación, que permitió la adecuación de las estructuras comerciales del Mercado a los nuevos tiempos.

Una remodelación que fue capitaneada por MERCASA y que ha pasado a la historia de esta empresa como una de las operaciones más complejas y más satisfactorias de todas las remodelaciones similares realizadas en mercados de otras ciudades españolas.

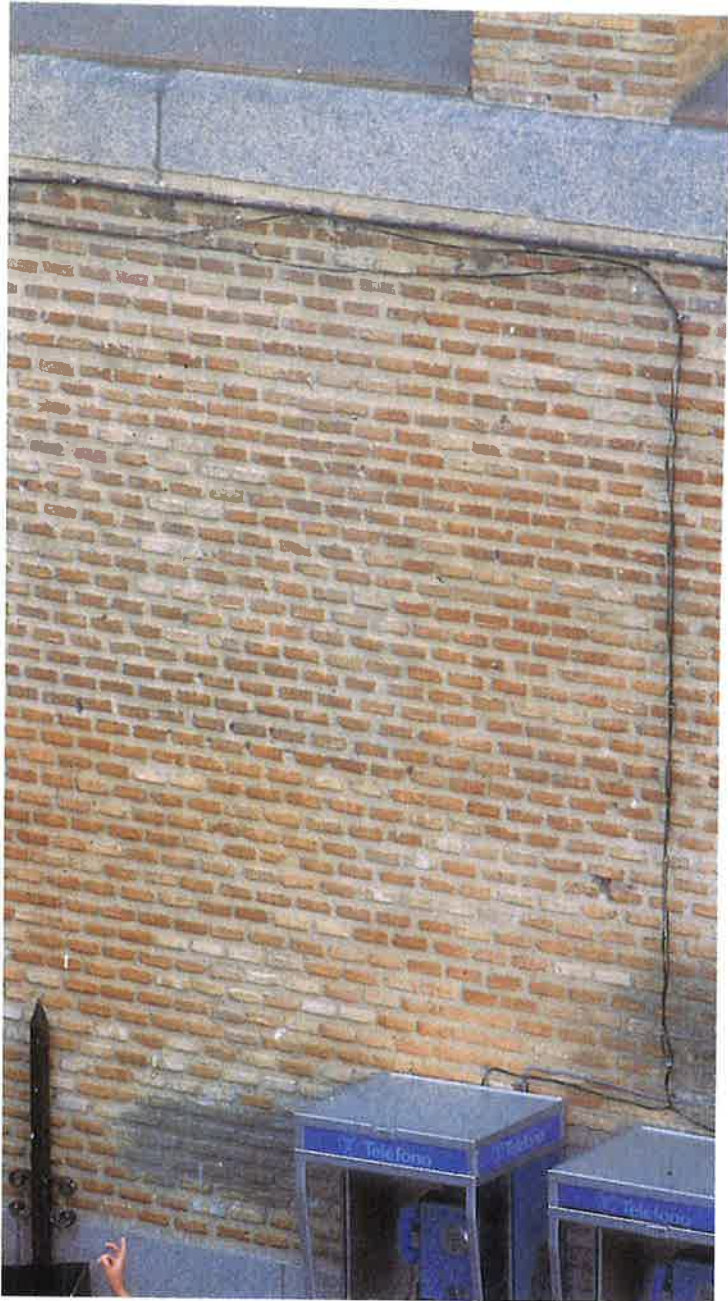
Para remodelar el Mercado de Alicante fue necesi-

rio un acuerdo de colaboración entre MERCASA, el Ayuntamiento de la ciudad, la Caja de Ahorros del Mediterráneo y los propios comerciantes del Mercado, que han asumido un 70% del coste total de la operación y ahora presumen de tener uno de los mercados más modernos del mundo. Todo ello, dentro de una operación que costó mas de 1.000 millones de pesetas.

La remodelación suspuso, además, la reducción de 465 puestos existentes a los 350 que hay en la actualidad, una vez remodelado el edificio principal, englobando dentro todas las actividades comerciales, para lo cual fue necesario ampliar la planta semi-sotano, por debajo de la zona destinada anteriormente a puestos de frutas y hortalizas. Una zona que, con la remodelación, se ha recuperado para ampliar una plaza de acceso al mercado, en la que ahora solo se ubican los puestos de flores.

Una vez modernizado, la ciudad de Alicante disfruta plenamente, día a día, de su Mercado, en el que se incluyen 106 puestos de frutas y hortalizas, 87 de pescados, 80 de carnes, 70 de alimentos no perecederos, 4 de otros productos no alimenticios, 5 puestos de flores y 2 bares.





62

LA COMPRA DEL PINTOR

CARMEN SANTAMARIA

Tiene los andares elásticos y cadenciosos, por lo que Aurelia supone que es bailarín o modelo. Tiene los hombros cuadrados y las caderas estrechas, como esos chicos que anuncian tabaco, calzoncillos y refrescos en las revistas y en las vallas publicitarias.

Se ha detenido junto al banco de baldosa, ha apoyado en el asiento la bolsa de cuero viejo, por cuya boca asoman las hojas de un ramo de espinacas y las aristas del paquete que sobre ellas acaba de colocar. Del bolsillo de los vaqueros ha sacado un papel azul, que revisa con tranquilidad a la luz de la claraboya. Afuera la mañana es un cúmulo de gotas de agua fina que caen sobre el empedrado y pintan de brillos grises la ciudad.

— ¿Terminarás de contar el dinero? Esta niña está dormida, Raimundo. Buen negocio vas a hacer con ella.

Aurelia cierra la caja, con el billete con que él ha pagado apartado en el compartimento de los grandes. Luego, cuando su padre salga a echar la cortina matálica a mediodía, lo guardará en el bolso. Lo meterá debajo del forro a través de la costura descosida. Como el de antes de ayer.

— Ponme cuarto de salchichón, hala, que contigo no se puede ir con prisas.

— Pero si usted no va con prisas, doña Remedios, ¿A que ya ha hecho la casa? ¿A que sí? Con lo apañada que es usted...

A la aludida se le mengua el malhumor con el tono halagüeño de Aurelia. Pero se finge enojada porque a los jóvenes, que son de natural cretino, no conviene darles la razón.

— No seas coplera, niña. Venga, ponme eso que me voy de aquí volando.

El muchacho recoge la bolsa del banco y reemprende su camino. Aurelia le acompaña con los ojos hasta que se pierde tras la esquina del pasillo que le conduce a la salida.

— Está este salchichón de rico que no sé si añadirle cuarto más para que no se quede usted con ganas de repetir.

— Pero mira que eres lianta, chiquilla. Yo no sé de quien has heredado esa labia. Con lo prudente que era tu madre, que en paz descanse...

Aurelia se ríe porque con la risa disimula el rubor y aplaca los nervios que se le revientan en las carnes cada vez que el muchacho aparece por la charcutería.

Tiene el gesto plácido de quien no anda a la greña con su sino y se contenta con lo que éste le depara día a día. Tiene una mata de pelo castaño y unos ojos negros que fulgen cuando su boca se ensancha en una sonrisa o se contrae en una mueca, que es un anticipo de las palabras que derrocha

cuando alguien se presta a escucharle.

Aurelia siempre está dispuesta: en cuanto se acerca el muchacho al mostrador y saluda desde el otro lado de la cristalera, que ella ha pulido con la bayeta y el cristasol, Aurelia le dedica un buenosdías o un buenastardes que es una invitación a la charla. A la confidencia, si Raimundo estuviera ausente.

– Este chico es una cotorra. Luego dicen de ustedes, las hembras, pero ¡bien que usa éste la lengua...!

Se alborotan las mujeres, que aguardan turno arracimadas en torno a la cristalera, con las bromas de Raimundo, que ha esperado a que el chico se alejara para burlarse de él y mortificar a su hija.

– Se conoce que en casa no pega hebra y como la Aurelia le da carrete...

Aurelia, callando, se inclina sobre las bandejas que se alinean en el último piso del mostrador y hunde los dedos en la de las morcillas, demostrándose en la elección de la que le ha pedido doña Matilde.

– ¿Pues sabe lo que le digo, Raimundo? Que así les querría ver a muchos. Que está la juventud muy maliciada, con tanto alcohol y tanta droga. ¡Da gusto ver a un muchacho tan sano, tan hermoso!

– Y tan telendo por el mercado. ¡Con lo remilgados que son los hombres para eso de venir a la compra!

– Serán algunos, doña Tere, que a mí, mi Eulogio, que en su gloria le tenga Dios, me iba a los recados sin rechistar. Enfermo el pobre y en cuanto me veía hurgando en la despensa ya estaba él agarrado al capacho y al monedero.

Aurelia emerge de entre las piezas de embutidos, los bloques de mantequilla y los tacos de tocino veteado, e interrumpe una conversación en la que no quiere intervenir por no avivar los celos que le hacen a su padre ensañarse con el muchacho.

– Mire usted, doña Matilde, qué hermosura. Se va usted a relamer. Y a su esposo le engatusa usted esta noche. Se la fríe medio minuto, con el aceite bien caliente. Y verá usted. ¿Qué más le ponemos? ¿Unos choricitos? Me los traen de León. ¡Extraordinarios! ¿Cuántos se lleva?

No sabe de él el nombre porque nunca se lo ha preguntado. Pero sabe que se vino a Toledo este invierno y que vive cerca del Zocodover, en casa de una tía abuela que falleció a poco de llegar él. Sabe que le gusta la lluvia y el viento, que le gusta cocinar y que madruga a diario para ver amanecer.

Tampoco le ha preguntado su oficio, pero ya ha descartado lo de bailarín o modelo. Ahora piensa que es artista: pintor, lo más probable, porque



le ha descubierto entre los dedos motas de pintura blanca y verde.

Aurelia le imagina en su taller, en una habitación amplia y sin muebles, sembrada de botes de los que rebosan líquidos de colores vivos, plantado ante el lienzo del que brotan figuras geométricas y cuadriculadas. O, quizá, figuras humanas que poseen el rostro del que las crea. O el de aquéllas a quien él ha amado y le han amado. El suyo, el de Aurelia, tal vez.

Entré en Toledo un lunes de abril, por la mañana. Llovía en la ciudad intensamente pero por las calles, húmedas y empinadas, desfilaban en procesión grupos de turistas japoneses, de jubilados suecos, de escolares que se apeaban de autocares con matrículas andaluzas y catalanas.

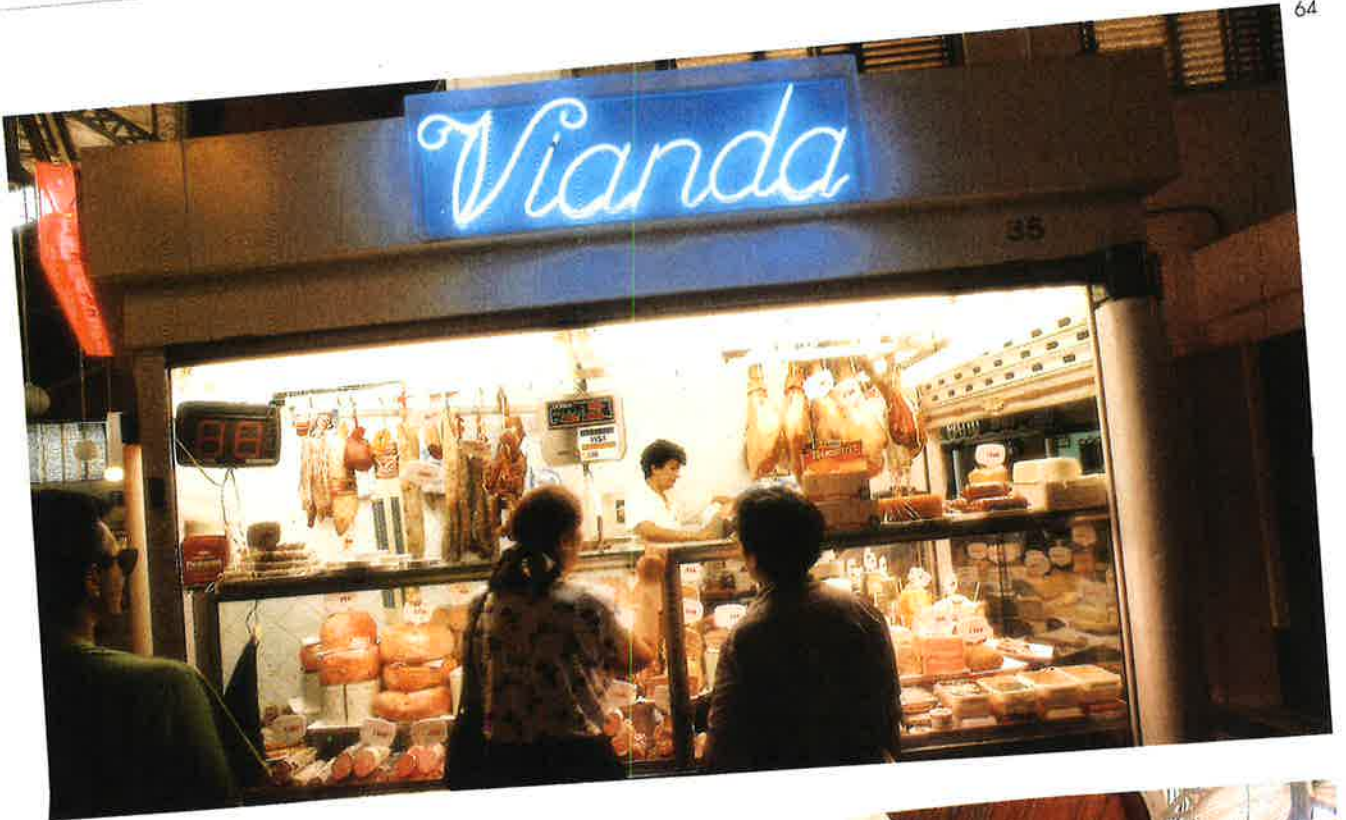
Me habían indicado el domicilio de su infancia y un paisano, un hombrequito menudo que destacaba entre un montón de extranjeros rubios y orondos, me explicó cómo encontrarlo. Era una casa con dos plantas, con un portón de madera clara, sobre el que campeaban una cerradura descomunal y una aldaba de bronce.

Esperé en el coche una hora y media. Hasta que salió. Cerró el portón con llave y echó a andar, calle abajo, sin paraguas ni gorro que le cubriera la cabeza del agua que caía incesantemente sobre la ciudad. Le seguí a pie hasta el mercado. Mi disfraz era tan bueno que a nadie llamó la atención mi presencia cuando subí las escaleras y penetré en el edificio. Había un pasillo que giraba a derecha e izquierda, y otro de frente, más corto, que concluía en una rotonda iluminada con la exigua luz solar que se colaba por una claraboya de cristales transparentes. Tiré a la derecha y caminé, despacio y simulando interés por el precio de los géneros, hasta dar media vuelta al edificio y hallar otro pasillo que también concluía en el patio central.

El se había parado en un puesto de embutidos y hablaba animado con la chica que lo atendía. La chica le entregó cinco paquetes pequeños y él pagó con un billete de mil pesetas que ella guardó en la caja registradora. Se detuvo después en la frutería, donde compró un manojo de acelgas y una docena de manzanas. Pagó con monedas. Luego abandonó el mercado y regresó a su domicilio.

El martes estuvo recluido en casa. No tuvo visitas ni se asomó a las ventanas. El miércoles volvió al mercado. Compró fiambres, naranjas y un filete de gran tamaño. El jueves permaneció en casa.

Concluí que trabajaba solo y resolví actuar. Pedí conformidad a mis superiores y el viernes, a las diez y veinticinco, me fui al mercado. A pi-



llarle en plena transgresión.

Raimundo llega temprano al mercado. Aurelia, después de ordenar y arear las habitaciones y la cocina, llega a tiempo de atender a las primeras parroquianas: mujeres que han dejado a las nueve a los niños en la escuela y, antes de meterse en casa, se pasan a comprar una morcilla para las judías pintas, una punta de jamón para el cocido, una tarrina de margarina o cien gramos de mortadela para la merienda de los chicos. Mientras su padre extrae de los envases de cartón, recién subidos de la cámara, los olorosos collares de cantimpalos, los quesos redondos y macizos de la Mancha, los paquetes de salchichas ahumadas y los tarritos de sucedáneo de caviar, Aurelia despacha a las mujeres estrenando sonrisas y halagos. Raimundo no ignora, aunque es orgulloso y jamás a ella se lo ha confesado, que el buen humor de su hija le ha evitado perder clientela como les ha ocurrido a algunos compañeros del mercado. Desde que Toledo se ha estirado y se ha llenado de galerías y supermercados, han cerrado muchos puestos y nadie, ni los hijos de los que se jubilaron ni los jóvenes que buscan en qué emplearse, se han decidido a ocuparlos.

— Ese lomo, ¿qué tal sale? Porque a ese precio...

— Estupendo, doña Flora. Ibérico. De calidad garantizada. Huélalo, usted. Rajitas finas, ¿verdad?

Discorre la mañana sin más aliciente que el desfile de rostros y voces al otro lado del mostrador, del que Aurelia no se mueve, ni siquiera para ir al servicio, no sea que en su ausencia se presente el pintor. Sus ojos se desvían, cada pocos minutos, hacia el pasillo por el que él suele venir. Hoy le toca comprar, está convencida.

A las once menos cuarto, una mujer de edad indefinible y aspecto vulgar se sienta en el banco situado debajo de la claraboya, en el centro del patio, con un resoplido de fatiga que alcanza el oído de Aurelia. No es una clienta habitual. Tampoco parece una excursionista despistada y, si lo fuera poca historia le contarían estos muros que, pese a ser centenarios, apenas conservan de su pasado el artesonado que los cubre.

Aurelia recuerda, mientras corta lonchas delgadas de pavo trufado para, doña Eulalia, que empieza régimen porque hoy la báscula le ha marcado los setenta, los tablones de madera sobre los que se crió y aprendió a vender. Recuerda a Benito, el chiquillo de la tarima de la izquierda, a quien siempre menciona mentalmente como su novio porque fue el único



con el que se atrevió a soñar.

Resultó Benito, a la postre, más audaz de lo que ella fue. Aurelia se quejaba cuando el enmudecía, incapaz de secundar y ampliar los sueños de fuga que para ella eran el alivio y sostén de su adolescencia. La manera de soportar la rutina a la que le había condenado la muerte de su madre siendo ella todavía una cría de pañales. Al cumplir los catorce, Raimundo le regaló un vestido de cuadritos rosas y blancos y le impuso la obligación de acompañarle a diario al mercado, pues el mozo que le ayudaba le costaba mucho más de lo que gracias a él ganaba. Aurelia agotó en un mes el entusiasmo con que acudió el primer día a su trabajo. A partir de entonces se inventó un futuro que iniciaría cuando los ahorros y los años le permitiesen independizarse de su padre.

Benito despachaba frutas con su abuela a orillas de la charcutería. Les unió la añoranza de sus madres, cuyas fotos amarillas se mostraron una tarde a espaldas de los adultos, y la íntima repulsa hacia el destino que les había colocado, casi de niños, en el mercado.

Aurelia le proponía escaparse a Madrid. O a Barcelona. O a Valencia. Pero Benito le daba largas: no quería abandonar a su abuela, que era muy anciana y poco ya le iba a durar la vida. Aurelia, impaciente y dolida, le tachaba de cobarde y le amenazaba con no volver a dirigirle la palabra, pero en seguida se reconciliaba con él, porque Benito era el único ser del planeta a quien podía confiarle sus secretos.

Una pulmonía se llevó de este mundo a la abuela y Benito, al cabo de los funerales, llamó a Aurelia a su tarima y le comunicó que había sacado dos billetes de tren a Madrid. Aurelia le besó en la mejilla delante de toda la parroquia. Pero esa noche, cuando abrió el armario para descolgar la ropa que necesitaría en el viaje, advirtió que carecía de arrestos para dejar a Raimundo solo en la charcutería. Sin ella, pensó de repente, Raimundo tendría que multiplicarse, enfermaría, el negocio se iría a pique. “Le mataré del sofoco”, se decía acongojada.

Al día siguiente Benito liquidó los escasos kilos de fruta que le quedaban entre sus amigos del mercado. Aurelia, en un momento en que su padre discutía las cuentas con un proveedor, le citó en el patio inferior y allí, ahogando una lágrima, le pidió tiempo para acostumbrar a Raimundo a la idea de su marcha. Benito le entregó uno de los billetes y le contestó, con un punto de soberbia que molestó a Aurelia, que la esperaba esa tarde en la estación.

Aún recuerda retazos de sus charlas adolescentes, el calor de su corazón cuando compartía con Benito un futuro irreal. Han transcurrido diez años y



67



68

otros hombres, tres o cuatro, le han rozado la piel y han intentado arrancarle una frase de amor antes de huir, abatidos por su indiferencia y su frialdad. Aurelia se ha esforzado en amarles pero lo cierto es que con ninguno, desde que Benito se marchara, ha conseguido ni una sola noche soñar.

— Buenos días, Aurelia.

¡Esa voz! Levanta Aurelia los ojos de la pieza de pavo trufado y los prende en los del muchacho.

— Bue...buenos días. ¿Qué tal estás?

El muchacho responde adentrándose en una conversación que incluye información sobre la temperatura en la península, chistes políticos y una exhaustiva relación de las noticias nacionales e internacionales que ha escuchado en el boletín de las once en la radio. Aurelia, regocijada, despacha sin prisa a doña Eduvigis, que también interviene en el coloquio apuntando opiniones y pidiendo detalles.

— Ese, el del avión que se ha estrellado, ¿cómo dice que se llama?

— Yasir Arafat, señora. Es el jefe de los palestinos, ya sabe, los musulmanes que vivían en Palestina, donde ahora está Israel.

Cuando acaba con doña Eduvigis, Aurelia atiende al pintor. Le pone doscientos de chicharrones, ciento cincuenta de emmental, una latita de foiegras y otra de huevas. Cuando va a pagar, con un billete de mil pesetas, estalla un alarido en el centro del patio. La mujer que reposaba en el banco se lanza contra el muchacho, esgrimiendo en la mano un objeto metálico y gritando “¡A él! ¡A él!” El chico le arrea un manotazo, que le desequilibra, y se escurre con agilidad entre los mirones que se congregan en torno a la mujer, que ha caído al suelo y, con el batacazo, ha perdido el bolso, las gafas y la peluca.

— Deténganlo. Es un falsificador. Deténganlo.

Pero nadie persigue al muchacho. Todos están muy entretenidos contemplando el espectáculo y aderezándolo con sus comentarios.

— Es rarita la señora, ¿eh? Si parece un travestí...

— Un tirón. Ha sido un tirón. Un drogadicto, seguro.

— ¡Está calva! ¿O será que se afeita el cráneo?

— Pues las piernas no se las afeita. Fíjese usted debajo de las medias. Por el agujero de la pantorrilla.

— ¡Como chilla! ¡Pobre mujer! Tan fea y encima le roban.

— ¿Y esooo...? Son unas esposas, ¿verdad usted?

— Oiga, ¿no será esto un objetivo indiscreto de esos que sacan en la tele?.



69

Dos horas después del incidente, Aurelia baja a la cámara a por una bandeja de paté al oporto, que está a punto de terminarse. Necesitaba un pretexto para quedarse a solas con sus pensamientos, que son aciagos y merecen, acaso, una lágrima que no podría derramar en presencia de su padre y de la clientela. El sótano está desierto. En la plazoleta en la que, de amanecida, descargan los camiones de mercancías, hay una pila de cajas de tomate y varias bolsas de lechugas y de cebollas. Suenan pasos lejanos de gentes que circulan por los pasillos del mercado, el rumor de las máquinas que tronchan huesos y filetean los pescados congelados, los rugidos de los vehículos que ascienden y descienden por las estrechas callejuelas de Toledo.

Aurelia busca, a tientas, el interruptor del cuarto al que dan las puertas de las cámaras cuando, de súbito, siente en la piel el vaho de un aliento humano. El temor no le impide encender. La luz blanca le revela a un metro escaso el rostro del muchacho que ama, con los rasgos contraídos por el susto y el impacto de la luminosidad en sus pupilas.

— ¡Túuuu...!

Es fácil sonreír, seguir sonriendo aunque él se haya ido, Porque en los labios permanece el sabor de sus labios y en los oídos la ternura de su voz. “Sólo he pasado cuatro o cinco mil. Bueno... y los que te he dado a ti”. Esos están a buen recaudo, dentro del forro de su bolso, piensa Aurelia para sí.

— “Te devolveré hasta la última peseta... cuando regrese. Si tienes paciencia... cuando el caso se archive...”.

— Cien de sobrasada. ¿Me oyes, niña? A esta niña le ocurre algo, Raimundo. Debías mandarla al médico. ¡Cada día más pasmada!

La policía ha hecho muchas preguntas, pero no ha hallado en la charcutería ninguna pista, ni una prueba contra el falsificador. Los inspectores se han despedido de Raimundo y éste les ha obsequiado con unos choricitos para su casa.

— La sobrasada ¿y que más, doña Remedios?

— Tres lonchas de serrano. Pero, ¿a qué viene esa cara de iluminada? ¿Es que se te ha aparecido la Virgen? ¡Como están de moda las apariciones!

Aurelia descuelga de la barra el jamón que doña Remedios le señala sin cesar de sonreír. Es fácil sonreír sintiendo en los labios el sabor de los suyos y en la nariz el olor a lavanda de su pelo y de su piel.

Es fácil sonreír y es fácil, ¡tan fácil soñar!



70



71



72

EL MERCADO DE TOLEDO

El Mercado de Abastos de Toledo, que sirve de escenario para el cuento "La Compra del Pintor", es, desde 1985, año en que concluyó la remodelación que realizó en él Mercasa, un edificio de muros centenarios e interiores modernos y funcionales. Cincuenta puestos, independizados entre ellos y dotados de la infraestructura necesaria para asegurar las condiciones higiénico-sanitarias de los productos que en ellos se comercializan, se alinean a ambos lados de un pasillo, que discurre paralelo a los cinco muros que configuran el edificio, y en torno a un patio central cubierto por una claraboya.

Una década atrás este patio estaba abierto hasta la planta baja, donde se encuentra la zona de carga y descarga, almacenaje y distribución de las mercancías. Cuando se remodeló se cerró el patio para ampliar la superficie de la planta alta, la de venta al público, y posibilitar la reordenación de los puestos que, hasta entonces ni siquiera estaban separados entre sí.

El primer proyecto de construcción de un mercado de Abastos data de 1891, según datos obtenidos en el Negociado de Servicios del Ayuntamiento de Toledo. En 1895 se realizaron las obras de desmonte en el solar donde aquél se iba a alzar y en 1896 se subastaron las obras. De 1897 y 1899 quedan documentos en el Archivo Municipal en los que consta que las obras de construcción requirieron un presupuesto de 223.321,59 céntimos.

En 1907 un concejal presentó en el Ayuntamiento una moción para pedir que concluyeran

las obras. Cabe pensar que el mercado ya funcionaba como tal desde 1899, si bien en la puerta de acceso consta como fecha de su inauguración la de 1912.

Se componía el mercado de tarimas de madera a las que concurrían huertanos de la provincia con el género que ellos mismos cosechaban en sus tierras. En la planta baja se situaban los mayoristas, en la alta los minoristas. El Ayuntamiento cobraba unas tasas que hasta 1979, cuando se hizo la concesión administrativa, no fueron fijas.

En el estudio que Mercasa realizó con vistas a la remodelación, se decía que el estado de la construcción era bueno, si bien las instalaciones y equipamientos interiores eran inadecuados y se hallaban muy mal conservados. De ahí que en las obras subsiguientes se respetasen la estructura del mercado y sus fachadas (de un estilo arquitectónico muy típico de Toledo y perfectamente encajado en el conjunto urbano en que se ubica).

La planta baja, en donde ahora se cargan y descargan los géneros bajo techado, es tan moderna y funcional como la comercial. Aquí se han habilitado un montacargas, un almacén general, una sala de despique y cámaras para pescados, carnes y congelados.

A pesar de tan buenas condiciones y de su privilegiada situación, el mercado de Abastos se resiente de la apertura de numerosas galerías y supermercados en la ciudad: de sus cincuenta puestos, diecisiete están cerrados y por las tardes su clientela es tan escasa que muchos comerciantes optan por no abrir.





MEMORIA DE LOS SENTIDOS

LUIS MIGUEL DE DIOS

Fue un impacto seco, cálido, sensual, como el chorro de sangre que brota de una cuchillada. Me dejó inmóvil, paralizado, los músculos tensos, el cerebro girando hacia atrás desbocado. El griterío, aquel griterío tan alejadamente familiar; la mezcla de olores, sacada de un compendio de vida, llamativa, electrizante, casi autónoma, como si se hubiera desgajado de sus orígenes animales o vegetales para caminar por sí sola...

Todo era una conocida novedad, un hallazgo sabido, un descubrimiento mil veces repasado. Cerré los ojos para adentrarme con mayor fuerza en aquel universo turbador, en aquel semillero de sensaciones recuperadas. Me bastaba con oler y escuchar.

Me despertó de varios segundos de ensimismamiento la voz de una mujer joven.

-Señor, ¿le ocurre algo?, ¿se marea?

Le dije, con la mejor de las sonrisas, que no, que me hallaba bien. Observé que sus ojos negros se volvían de vez en cuando para escurriñar la extraña actitud de un anciano de aspecto venerable varado en la puerta del Mercado del Val que da a San Benito.

Los jirones de niebla que retozaban junto a la mañana no hacían sino añadir un toque surrealista a la silueta, como se la proporcionaban al templo y a la hospedería que había dejado atrás minutos antes. (A toro pasado tengo que reconocer que la alarma de la señora estaba justificada: mi gorra, mis cejas, las cuatro guedejas blancas de mi pelo y mi barba desordenada estaban cubiertas por motas de censella: la gabardina raída, los pantalones amplios, la mirada perdida... No era, sin duda, lo que se entiende por normal. La verdad es que no fue normal durante varias horas.

El impacto me había dejado anonadado, naufrago en un mar conocido, peregrino en tierra propia. Jamás pensé que pudiera sucederle algo similar a alguien curtido en cientos de bregas, acostumbrado a casi todo. Entre el océano de golpes emocionales que estaba recibiendo, recordé la frase que gustaba decir al "Tío Pitarro" tras el primer sorbo de orujo: "con este clima y esta ciudad, los de Valladolid estamos vacunados contra todo; si vamos al ecuador, nos parece que no calienta mucho y, si nos llevan al polo, decimos que hace fresquito". Le di la razón muchas veces. Hoy, sin embargo, comprendí que la dosis no servía para casa. Sí me había alterado. Y mucho.

El Mercado del Val volvió a parecerme un inmenso embutido: alargado, con infinitos matices dentro de un color homogéneo. No había perdido vida ni dinamismo pese a los cambios. Cuarenta años se convertían en un simple suspiro, en un paréntesis intemporal.

Por unos instantes me sentí el adolescente que madrugaba para coger el carro y apilar cajas con las manos engarañadas, los bolsillos vacíos y el deseo, siempre satisfecho, de toparme con otro grumetillo para soltarnos una parrafada sobre fantasías pasadas, presentes y futuras. Por entonces, todos andábamos entre los 12 y los 16 años. Eramos críos de los barrios, colocados por amistades paternas y por la necesidad, felices por llevar unas perras a casa y malhumorados por las broncas, la dureza de los madrugones, las tiritonas, los sabañones y la escasez. Recordé a “Peterete”, que aseguraba que las mujeres parían por el ombligo; al “Mustio”, que nos inició a varios en la masturbación entre las choperas del río; al “Verdades”, el mejor fabulador que he conocido, capaz de inventarse un viaje en tren a Barcelona y describirnos los barcos; al “Avispa”, punzante e ingenioso, el primero que me bautizó como “Cerebritito” por mi afición a la lectura y mi tendencia a discutir de política incluso en los juegos más inocentes... Aparecían en mi mente mientras demoraba el caminar para seguir empapándome de aquel mundo recuperado.

Me detuve en varios puestos, temeroso de que el lenguaje, el trato, hubiera cambiado. Pero no. Allí también estaba mi universo: “tengo unas acelgas que se comen solas”, “ni aunque recorra usted, amigo, el imperio austro-húngaro dará con estas patatas”, “vamos, jefe, que si no coge estas naranjas se tirará de los pelos hasta el Juicio Final”, “llévele estas sardinas a la parienta y verá como lo mima por saecula saeculorum”.

Me sentía a gusto, sin nada que rompiera una felicidad plena, intensa, desconocida. ¡Quién me iba a decir a mí que alguna vez estaría de acuerdo con que la patria es la infancia! Pero ahí estaba, en los casi inmaculados delantales de las pescaderas; en los puestos minúsculos atiborrados de productos; en el misterioso orden que rige las pilas de frutas; en la legendaria habilidad de quienes descuartizan en cuestión de segundos una merluza o un pollo; en el maremagnum de voces, conversaciones, llamadas, en los lapiceros sobados colocados, casi como parte de la anatomía, sobre las orejas...



Hice un alto en el bar. No era el mismo, pero no me resultó extraño. Acodados en la barra se hallaban los que habían finalizado la tarea, los que se tomaban un pequeño descanso y un par de habituales. Caras distintas para una misma filosofía vital. Hablaban del Real Valladolid; de lo mala que se va a poner la vida; despotricaban contra el Gobierno, aunque también había quien lo defendía y echaba la culpa a lo vagos que somos, a que aquí no trabaja ni Dios; falta de vigilancia; juraban que no votarían a los mismos ni a nadie porque van todos a lo que van y a los pobres que nos den por saco; ojeaban las esquelas del diario y movían la cabeza al toparse con algún conocido; arremetían contra los periodistas...

El túnel del tiempo me condujo una vez más hacia el pasado. Me vi en los corrillos donde, décadas atrás, hacíamos conspiraciones de tabernas, programábamos salidas en pandilla, nos cabreábamos si las noticias no coincidían con nuestra visión humana y política de la vida, criticábamos a los señoritos, las derrotas del equipo, la marcha de una ciudad provinciana, cerrada, asfixiante.

Por entonces yo era ya el “intelectual” del grupo, el “Cerebritito” que interpretaba los hechos por encima de las versiones simplistas, el que andaba en movimientos obreros, el que recibía las advertencias de “cuidado, chaval, que siempre pagamos los mismos”. Me llegaban quejas de otros dependientes, protestas de pequeños propietarios, broncas de los mandamases.

Todo quedaba aplazado para cuando hiciéramos la revolución, para la hora del pueblo. Casi sin pretenderlo, aunque ahora reconozco que me gustaba, pasé a ser el rojo oficial del Mercado. Contaban conmigo cuando había que organizar paros, sacar gente a la calle, saber si el Val podía sumarse a tal o cual huelga.

Me abandoné, definitivamente, a los recuerdos. No era ni nostalgia, ni dolor, ni placer, ni siquiera autoafirmación. ¡A mis años! Era impotencia consentida. El ambiente del Mercado me arrastraba como a aquellos trozos de palo que arrojábamos al Esgueva para disputarnos un botón brillante, un caramelo manoseado o las briznas de tabaco y el librito sustraído al abuelo.

Cada puesto era un fogonazo nuevo que alimentaba la corriente y me bamboleaba sin poder asirme a ningún saliente. Vi la fuente, punto de reunión obligado cuando había que buscar una disculpa pa-



75



76

ra forzar la tertulia. “Tengo que ir por agua”, “voy a beber”. Un guiño cómplice y de los mostradores brotaban otros muchachos con cubos. ¡Cuántas aventuras amorosas inventadas, cuántos planes!, ¡tantas y tantas ensoñaciones sentidas, recreadas, muertas sin nacer, nacidas solo para ser contadas! Ahí sí noté variaciones. La fuente se había trocado en simple zona de paso, ya no era espacio para la charla. Cosas de los tiempos, me dije, de los bares, quizás de cierta incomunicación, de que la gente prefiere pegarse a la tele, al transistor o a los cassettes antes que contar sus pesares al de al lado.

La reflexión duró solo unos instantes, los justos para que reparara en una figura arrugada pero altiva, vieja como la plata vieja, venerable como un patriarca indiscutido. El corazón me latió bastante más aprisa. Hasta ahora el reencuentro había sido conducido por las sensaciones, por un paisaje sin figuras conocidas, hombres y mujeres que habían estado siempre allí pero con rostros anónimos.

Aquel anciano les ponía cara a todos. Era la hilazón definitiva, el espíritu del Val hecho carne. Vigilaba con ojos escrutadores todo lo que pululaba alrededor de aquel puesto eterno, situado junto a la puerta que se abre a la Plaza del Val. Lo identifiqué enseguida, como si fuera cualquier día de cualquier mes de los años treinta. El “Tío Zamparreales” seguía firme en su bastión, exactamente igual que cuando despistó a los agentes para que no pudieran seguirme. El, tan de derechas, como recordaba a cada minuto, me había librado de la detención y quizás de algo mucho peor.

Temí que no me reconociera, que a sus ochenta y muchos años le fallara la memoria, que se encarara con aquel otro anciano que iba a visitarle con el ademán que se guarda para los clientes desconocidos. Por eso me acerqué despacio, sin atreverme a saludarle, sin presentarme. Pero me engancharon sus ojos. No pude apartar la mirada de aquellos surcos profundos, de las cejas pobladas, de las manos callosas. Me iba recorriendo un estremecimiento, como la memoria de una noche de amor, cuando escuché un vozarrón torrencial, un huracán.

—¡Coño!, “Cerebritito”, ¿que te trae por aquí?

Y lo dijo como si me saludase horas después de una despedida rutinaria, con la sencillez del que sabe que íbamos a volver a vernos, sin extrañeza, con familiaridad no fingida.

—¿Qué tal, señor Remigio? Le encuentro joven.



—¡Joder!, que fino te has vuelto. Llámame “Zamparreales”, hombre, ya sabes que no me ofende. ¿O es que ya no te acuerdas?

No supe que responder. Tampoco hacía falta. El, con el laconismo de esta tierra, seguía allanando el camino.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? Por aquí se te ha echado de menos, aunque sólo fuera para que alguien te llevara la contraria, porque estos de ahora, ni para discutir valen. Claro que para lo que ha habido que discutir.

—He andado por ahí, “Zamparreales”, (y la palabra me siguió sonando a ofensa). Es largo de contar. Francia, Argentina, Venezuela. Han sido casi 40 años. Da tiempo a todo. Hasta me he hecho viejo.

—¡Hostias!, pues sí has corrido tú. Y ¿qué hay por el mundo? Ya me contarás, porque me imagino que te quedarás por estos andurriales. Uno no vuelve a Valladolid solo para saludarme a mí. En cuanto acabe con cuatro bobadas que me ha encasquetado el chico nos vamos donde la cantina del “Cencerro” y la pegamos al clarete. Tiene un vinillo de Cubillas que quita el hipo. Porque tú habrás corrido mucho pero morapio como el de aquí, seguro que ni flores.

Se había vuelto locuaz. A él, se le notaba, también le gustaba recordar.

—Gracias, pero tengo mucha prisa. He venido sólo por un par de días. Me voy esta tarde y quería hacer otras cosas.

Hizo un gesto de contrariedad y me tendió la mano.

—Como gustes, “Cerebrito”. Ya sabes donde nos dejás. Con Dios, hombre.

Salí a la calle, pero un impulso me hizo retroceder. No podía despedirme así de un mercado que volvía a ser mío. Esperé que “Zamparreales” no mirase y retorné por la otra galería. Caminé relajado, satisfecho, ahíto de una paz interior que parecía olvidada. Sin embargo, al compás de nuevos gritos, olores recuperados, rostros que ya me decían algo (“aquel tiene que ser hijo de la “Cuchi Cuchi”, es clavado a ella; ese se parece al “Mandangas”, leches, esa es la Tía “Ay Dios”...) me fue brotando una comezón que me laceraba el alma.

Tuve ganas de llorar, de meterme en algún puesto a descargar cajas, de vocear que allí estaba “Cerebrito”, pobre como se había ido, de descargar algún puñetazo en las paredes de tablas, de comprar algo... Me subían borbotones de sangre a la cabeza, me temblaban las piernas en una simbiosis de rabia, miedo, dolor, felicidad y tormen-

to. Huí despavorido, sin volver la vista hasta que aterricé en la Plaza de la Rinconada. Entonces giré los ojos. Entre la bruma, el Mercado del Val estiraba los brazos hacia mí. Con la punta de la bufanda me sequé dos lágrimas solitarias.

La Estación del Campo Grande tampoco estaba muy cambiada. Más limpia, más ordenada, moderna, pero con idéntico sabor. Del bar salía un vapor denso, caliente, fácilmente reconocible. Tomé un café mientras repasaba la experiencia de la mañana. Las grietas interiores se habían agrandado hasta amenazar con derrumbar mi armazón vital. Tenía el estómago aplastado, la boca reseca, la cabeza, al borde del estallido. El tren hacia Madrid salía dentro de quince minutos. Noche en la capital, nuevo tren hasta Alicante, taxi a la residencia... Me desagradaron las perspectivas.

De repente, me vino una de esas bofetadas viscerales que antaño me alarmaban tanto porque rompían, o eso me parecía, mi deseada racionalidad. No quise reflexionar más y me dejé llevar por el ciclón. Rompí en pedazos el billete.

Al otro lado del teléfono, la voz del Tío "Zamparreales" sonó como un estruendo. Me saludó sin emociones, como si me esperara.

—"Zamparreales", ¿hacen unos vasos donde el "Cencerro"?

—Que hacen, chaval.



79



80

MERCADO DEL VAL

HISTORIA Y FUTURO DE VALLADOLID

El populoso y popular Mercado del Val encierra entre sus paredes un siglo de historia de la ciudad de Valladolid y es, en la actualidad, el único superviviente de los tres construidos casi simultáneamente a finales del siglo XIX, bajo la alcaldía de Miguel Iscar y Juárez.

La primera decisión de construir los mercados se recoge en el acta de una sesión municipal de 14 de mayo de 1877, mediante un dictamen de la Comisión de Obras del Ayuntamiento respecto a la proposición de uno de los Concejales para proceder “a la construcción de uno o dos mercados públicos de hierro... semejantes a los que se han construido en Madrid”.

Así se ponen en marcha las obras del Mercado del Val que, a poco de iniciadas, depiértan dudas la solidez de la estructura de hierro; hasta llegar a pensar en un posible peligro de ruina.

Una “prueba de carga”, realizada en enero de 1882, acaba con esos temores y las obras pueden ser concluidas y recibidas por el Ayuntamiento a finales de 1884.

Seis años después, en 1900, se realiza ya un primer proyecto de reforma, consistente en el desmonte de la cúpula central y la construcción de nuevas puertas de acceso, alargándose hasta 1904; y en 1908 se introduce el alumbrado eléctrico.

La larga vida y el intenso uso del edificio a lo largo de sus casi cien años de funcionamiento obligan a pensar, a finales de los años setenta, en una profunda remodelación, que renueve las estructuras del mercado y mejore sus condiciones higiénico-sanitarias.

La remodelación se inicia en 1980 y, una vez concluida, permite al Mercado del Val reforzar su prestación de servicio a la ciudad de Valladolid, con un total de 112 puestos, sobre una superficie útil de 1.276 m², distribuidos en 33 pescaderías, 33 carnicerías, 13 fruterías, 10 puestos de aves y huevos, 3 de pan y leche, 5 casquerías, 6 de productos varios, 5 que corresponden a charcuterías, una floristería, 3 de frutos secos y un bar-cafetería.

INDICE DE FOTOGRAFIAS

- 1 - Mercado de Ntra. Sra. de Africa
(Santa Cruz de Tenerife)
- 2 - Mercado de la Boquería (Barcelona)
- 3 - Mercado Central de Zaragoza
- 4 - Mercado Central de Alicante
- 5 - Mercado de San Miguel (Madrid)
- 6 - Mercado Central de Abastos (Almería)
- 7 - Mercado de Abastos de Laredo
(Cantabria)
- 8 - Mercado Central Minorista
(Las Palmas de Gran Canaria)
- 9 - Mercado de Sánchez Peña (Córdoba)
- 10 - Mercado de Abastos de Reinosa
(Cantabria)
- 11 a 19 - Mercado de Abastos de Logroño
- 20 a 27 - Mercado de Maravillas (Madrid)
- 28 a 38 - Mercado de la Ribera (Bilbao)
- 39, 41, 46 - Mercado de Triana (Sevilla)
- 45 - Antiguo Mercado de Triana (Sevilla)
- 40, 43, 48 - Mercado de Feria (Sevilla)
- 42, 44, 47 - Mercado de "El Arenal" (Sevilla)
- 49 a 61 - Mercado Central de Alicante
- 62 a 72 - Mercado Minorista de Toledo
- 73 a 80 - Mercado del Val (Valladolid)

AUTORES DE LAS FOTOGRAFIAS

JOAQUIN TERAN

Fotografías nº 1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 39, 41, 42, 46, 47, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79 y 80. Fotografías portada, contraportada y página 13.

CARLOS H. OLMOS

Fotografías nº 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19

JOSE ANTONIO RUIZ BUTRON

Fotografías nº 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37 y 38

JUAN RODRIGUEZ DE LECEA

Fotografías nº 40, 43, 44, 45 y 48

FRANCISCO PEÑA

Fotografía nº 2

MERCADOS LITERATURAS

